LA NACION

Buenos Aires, domingo 25 de mayo de 1969

La revolución agrícola argentina del siglo XIX

Por Luis de Elizalde

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1969

LA obra referente a la historia de nuestro país cumplida por James R. Scobie es ya considerable. En 1952 —recién graduado en la Universidad de Princeton— llegó por primera vez a la Argentina, donde permaneció durante dos años becado por la Fundación Doherty para estudiar *in situ* la presidencia de Mitre. Fruto de este período de labor fueron dos publicaciones: "Correspondencia Mitre - Elizalde", editada en 1960 por el Instituto de Historia Argentina de la Universidad de Buenos Aires, y "La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina", publicada en nuestro idioma en 1964. En 1959 y 1960 estuvo nuevamente entre nosotros, becado esta vez por varias instituciones culturales norteamericanas para investigar el desarrollo agrícola y social de nuestra zona pampeana. El resultado es un nuevo volumen que lleva el título castellano de "Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910", y que fue publicado originariamente en los Estados Unidos en 1964. (1)

Desde la época colonial, lo que es hoy nuestro actual territorio se compuso de un inmenso desierto rodeado de dos zonas pobladas: una, al Oeste y al Norte, formada por valles de montaña e irrigadas, donde los conquistadores españoles del siglo XVI pudieron reducir con facilidad la población indígena —sedentaria y agricultora— a una condición muy parecida a la del siervo de la gleba europeo; otra, al Sudeste, dificultosamente ocupada desde el Paraguay, y donde la conquista debió luchar denodadamente con el indio salvaje y combativo de la región. En la primera se crearon una agricultura y una industria domésticas de subsistencia que, a pesar de la ausencia de datos estadísticos, debemos suponer de muy escasa importancia económica; en el único lugar donde llegaron a adquirir alguna significación fue en las provincias de Cuyo, que producían vinos, aguardientes y frutas secas. Pero el único mercado de estos artículos era el Litoral, principalmente Buenos Aires y la carreta de bueyes su solo y onerosísimo medio de transporte. En épocas de paz entre las potencias europeas, cuando la armada inglesa, dueña de los mares, no interrumpía el tráfico entre España y sus dominios americanos, los productos de Cuyo no podían competir con sus similares andaluces por la baratura del flete oceánico; recién al ser construidos en nuestro país los ferrocarriles de capital británico —que transportaron las mercaderías a una doceava parte del costo exigido por las carretas (2)— pudieron las provincias cuyanas resolver el problema de la distancia y asegurar el desarrollo de sus industrias.

En las solitarias llanuras y cuchillas de la región sudeste el hombre europeo se radicó muy imperfectamente, pero no así las bestias que trajo consigo; los primeros animales que allí se multiplicaron espontáneamente, fueron los yeguas y padrillos introducidos por don Pedro de Mendoza en su desdichada expedición al Plata y que abandonaron los pobladores al desmantelar Buenos Aires en 1541. Al volver a fundar la villa don Juan de Garay en 1580 trajo consigo desde Asunción un arreo de vacas y toros, origen del ganado cimarrón que empezó a desparramarse por la desolada planicie pampeana. Este ganado silvestre empezó a ser cazado por los pobladores, que conservaban únicamente su cuero, sebo y astas; el cuero fuerte y espeso de estos animales alzados era muy solicitado en Europa, probablemente por la formación en el cantinente, a partir del siglo XVII, de grandes ejércitos regulares que requerían implementos de ese material en cantidad considerable; el sebo era utilizado para robustecer los cordajes de los navíos y para fabricar jabones; en cuanto a las astas, tenían diversas utilizaciones industriales, inclusive la manufactura de abonos para las tierras de cultivo. Las "vaquerías", como se llamaba a esta forma de caza mayor, concluyeron con el ganado cimarrón; dado el alto valor que tenían los cueros, se inició la cría del ganado y se formaron las primeras estancias a escasa distancia de los primitivos poblados.

Además de las vacas, el acervo pastoril del virreinato consistía en caballos y mulas; el mercado para estos productos era principalmente el Alto Perú. Criados en Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Córdoba; invernados en Santiago del Estero, Tucumán y Salta, los animales eran vendidos en la célebre feria ganadera del valle de Lerma —en el siglo XVIII la más importante del mundo— donde se comercializaban por año más de 60.000 mulas y 4.000 caballos y vacas. (3) Era este comercio la principal riqueza de nuestras provincias del Norte como lo revelan las instrucciones —publicadas por Ricardo Rojas— que dio el Cabildo de Jujuy a su diputado a la Asamblea del Año XIII; en ellas los capitulares jujeños reclaman subsidios al gobierno de Buenos Aires debido a que por causa de la guerra con los realistas la región tiene *"cortado todo su com.º de Bacas y Mulas con las provincias del Perú y parado enteramte. el tráfico de la arrieria, que eran los dos únicos ramos de que subsistia"*. (4) Debe mencionarse también otro mercado de mulas —clandestino— en Río Grande do Sul; la zona exportaba a las provincias centrales del Brasil 12 mil a 15.000 mulas por año, pero Caio Prado señala que "es difícil saber cuántas de ellas eran oriundas de la capitanía y cuántas contrabandeadas desde el Plata". (5)

Estos rubros de la producción pastoril permanecieron inalterados hasta principios del siglo XIX en que surgió en el Plata la industria de la carne desecada, que manufacturaba tres productos: el *charque*, carne en tiras secada al sol, sin sal; el *tasajo*, carne seca la al sol, con sal, y la *cecina*, que era charque envuelto en grasa y conservado en barricas. La carne desecada constituía un alimento de muy inferior calidad que sólo era consumido por la desdichada población esclava de Brasil y Cuba; según estadísticas publicadas por Montoya, su venta al exterior nunca sobrepasó el 11% de las exportaciones del país. (6) La otra variante que sufrió la ganadería pampeana durante la primera mitad del siglo pasado fue el advenimiento de la cría de la oveja, que adquirió lugar preponderante después de 1850 y surtió de considerables cantidades de lana a Francia, Bélgica y la Confederación Germánica.

Sin embargo, la riqueza de la parte austral del virreinato del Río de la Plata —lo que es hoy nuestro territorio— fue principalmente mercantil y se debió a que Buenos Aires, después de una lucha por cierto muy larga, se convirtió en el puerto marítimo del Alto Perú, es decir, el lugar donde la plata del fabuloso cerro de Potosí era trocada por mercaderías europeas. Durante dos largos siglos el comercio de la América del Sur hispánica con Europa había pretendido ser monopolizado por España que para lograr su intento imponía al tráfico el recorrido Cádiz-Portobelo - Panamá - El Callao. Desde este último lugar y después de quinientas leguas de travesía a lomo de mula por las montañas y mesetas más ásperas y elevadas del mundo llegaban al fin los artículos a Potosí, donde costaban cuatro veces más que en Lima; transportados desde allí a los demás centros poblados del inmenso virreinato del Perú su precio seguía aumentando proporcionalmente; en Tucumán, por ejemplo, se octuplicaba con respecto al limeño. Es preciso subrayar que el trayecto desde Buenos Aires a Potosí sólo era de cuatrocientas leguas, de las cuales trescientas eran de llanura y muy fácilmente transitables; esta circunstancia no impidió que el puerto de Buenos Aires fuera cerrado al tráfico en 1594.

Esta disposición inverosímil sólo representaba uno de los aspectos del sistema colonizador español; los metales nobles de América resultaron nefastos para sus descubridores y Sancho de Moncada —el más notable economista castellano del siglo XVII— pudo titular uno de los capítulos de su "Restauración política" con este lema agresivo: *"La pobreza de España ha resultado del descubrimiento de las Indias Occidentales"*. El raudal de plata de las minas de Potosí, Zacatecas y Guanajuato sólo sirvió, en efecto, para llevar a la ociosidad a los antes laboriosos castellanos, a hacerles comprar en el extranjero lo que dejó de producir su tierra y a impulsar a los monarcas alemanes que regían el país a tratar de imponer, por medio de ruinosas intervenciones militares, la hegemonía de la casa de Austria en todo el continente europeo. La pérdida para los españoles del comercio con las colonias sudamericanas fue la consecuencia natural de estas circunstancias destructoras; una *Memoria* confidencial del año 1691 sobre el tráfico entre Cádiz e Indias conservada en el Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia y publicada por Sée revela que mientras los mercaderes hispanos de la plaza só lo giraban por una cantidad que oscilaba entre uno y tres millones de libras francesas, los genoveses lo hacían por doce, los ingleses por siete, los holandeses por diez, los hamburgueses por cuatro, los flamencos por seis y los franceses por catorce; todos estos forasteros burlaban las draconianas leyes españolas monopolistas actuando por medio de testaferros gaditanos. "La Corte de Madrid —subraya la *Memoria*— no ignora estas secretas inteligencias, pero lo disimula por política". (7) Más grave aún que este tráfico engañoso era el clandestino, consecuencia inevitable de las desatinadas prohibiciones de la legislación de Indias. ¿Cómo impedir la utilización de la fácil vía entre el Río de la Plata y Potosí y detener el contrabando en esas perdidas soledades? El cierre del puerto de Buenos Aires resultó completamente ineficaz, y con igual resultado negativo se estableció en 1622 una "aduana seca" en Córdoba, más tarde trasladada a Jujuy. La situación se acentuó aún más al ocupar en 1680 los portugueses la Colonia del Santísimo Sacramento en el Río de la Plata, frente mismo a Buenos Aires, pues desde 1640 —año en que recuperó su independencia— Portugal se había convertido en mero agente del poder británico. Este siempre ambicionó comerciar directamente con los colonos españoles como forma de explotar a su modo Guanajuato y Potosí, intento que España resistía con tenacidad. El contrabando se convirtió así en la forma más ventajosa de colocar productos ingleses en América española a cambio de plata mexicana y altoperuana: los baluartes de ese tráfico ilícito fueron Jamaica en el Caribe y la Colonia del Sacramento en el Plata.

Recién al acceder al trono español el primer propulsor metropolitano de la grandeza argentina —el rey don Carlos III, de preclara memoria— asumió la sensatez el lugar que siempre debió haberle correspondido. La expulsión de los portugueses de la colonia del Sacramento, la apertura del puerto de Buenos Aires al comercio con todas las plazas mercantiles de España decretada en 1778 y la erección definitiva en ese mismo año del virreinato del Río de la Plata como condición indispensable para segurar militarmente esas reformas trascendentales, concluyeron con los escandalosos abusos anteriores, convirtiendo además a Buenos Aires en el centro comercial más importante del imperio español en América. Por nuestra ciudad pasaban las mercaderías que adquirían Chile, el Alto Perú, Paraguay, y las regiones intermedias del virreinato; el antes minúsculo poblado se transformó en réplica austral de las ciudades italianas del medioevo o de las del Hansa germánica; como en sus remotos prototipos europeos se formó muy pronto en la ciudad-puerto un opulento patriciado mercantil, que disponía de flota mercante propia y controlaba el comercio internacional de las provincias del Plata, acumulando en breve tiempo fortunas considerables. La pequeñez de la urbe no incidía en la magnitud de los negocios; recuérdese que cuando los Fugger financiaban la candidatura imperial de Carlos V, su ciudad natal y sede de su casa bancaria, Augsburgo, sólo contaba con diez mil habitantes.

¿Cuál fue el papel histórico de ese poderoso grupo comercial porteño? Políticamente, se adueñó del Cabildo urbano, lo que en la época de Carlos III —debido al prestigio de que gozaba la monarquía— no tuvo mayor alcance pero adquirió decisiva trascendencia durante el tumultuoso reinado de su inepto sucesor Carlos IV; Enrique Williams Alzaga ha revelado la activa participación de esa minoría dirigente en los acontecimientos que provocaron el movimiento de Mayo de 1810 (8). Desde el punto de vista económico, su actuación tuvo aún mayor importancia: ¿en qué se invertían las ganancias elevadísimas de ese tráfico internacional? Cubiertas las expensas requeridas por algunos muebles, porcelanas y cristales ingleses, damascos de Francia y la innúmera y maciza vajilla de plata potosina, —máximos requerimientos de la sencilla morada colonial— esos excedentes se colocaban en predios urbanos y rurales; la adquisición de grandes extensiones de campo por los comerciantes porteños concluyó por transformar esa oligarquía mercantil en patriarcado terrateniente, evolución que tuvo decisiva incidencia en la vida política y social de nuestro país en el siglo XIX. Fueron los hijos estancieros de esos mercaderes coloniales los que utilizaron los saladeros y difundieron la cría de la oveja; la década 1840-50 iba a ofrecerles un nuevo e inesperado campo de acción, que no tardaron en aprovechar.

A mediados del siglo XVIII se produjo en Inglaterra la Revolución Industrial; su primera consecuencia fue la formación de grandes aglomeraciones urbanas; la otra, el aumento vertiginoso de la población. Pronto se presentó el problema de alimentar a esas masas crecientes; para el trigo, el Reino Unido acudió a Prusia Oriental y otras regiones del este de Europa. Este tráfico fue interrumpido por las guerras napoleónicas; no hubo otra alternativa que volver a sembrar las praderas inglesas y producir trigo en condiciones totalmente antieconómicas. Derrotado Bonaparte, los industriales y obreros británicos confiaron en volver a adquirir trigo barato en el exterior; el Parlamento, dominado por los terratenientes, dictó entonces la *Corn Law* que imponía derechos prohibitivos a la importación de cereales extranjeros. Más de treinta años duró la lucha por abolir esas trabas; al fin se pudo lograrlo el 5 de mayo de 1846, siendo Primer Ministro Sir Robert Perl; un mercado inmenso se abría así para los países —muy pocos— que pudieran disponer de excedentes trigueros.

El nuestro no los tenía, al revés, importaba trigo, pero su suelo ofrecía todas las condiciones necesarias para convertirse en el granero del mundo. Era preciso, eso sí, concluir primeramente con la anarquía y el poder irresponsable de los caudillos, imponiendo el imperio de la ley, para asegurar la vida y los bienes de los agricultores forasteros que era necesario atraer; al "hijo del país", en efecto, le repugnaban las labores agrícolas. La abolición de la *Corn Law* en Inglaterra ha sido sin duda alguna el factor remoto pero decisivo de la evolución política que se inició en nuestra tierra en 1851, se afirmó con la batalla de Caseros, librada el 3 de febrero de 1852, y culminó en la Constitución de 1853.

Creo que recién ahora estamos en condiciones de abordar el notable libro de James R. Scobie sobre la "Historia social del trigo argentino 1860-1910". Espero sea el tema de muy próximas reflexiones. ≠

---

(1) James R. Scobie. "Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910". Solar-Hachette. Buenos Aires, 1968.

(2) Calculado por Scobie en base a estadísticas compiladas por Thomas J. Hutchinson. "Buenos Aires and Argentine Gleanings". London. 1865. ps. 37/60.

(3) Horacio C. E. Giberti. "Historia económica de la ganadería argentina". Buenos Aires. 1954. p. 32.

(4) Ricardo Rojas. "La Argentinidad". Buenos Aires, 1916, p. 296.

(5) Caio Prada Junior. "Historia Económica de Brasil". Sao Paulo, 1954. p. 108.

(6) Alfredo J. Montoya. "Historia de los saladeros argentinos". Buenos Aires. 1956. p. 70.

(7) Henry Sée. "Origen y evolución del capitalismo moderno". México, 1944. p. 77

(8) Enrique Williams Alzaga. "Dos revoluciones". Buenos Aires. 1963.

La comedia de Balzac

Por Alfredo de la Guardia

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1969

PARA que la poligrafía de un escritor alcance el valor categórico de la creación auténtica deberá constituirse con elementos intelectuales y artísticos de clara y definida homogeneidad. No puede surgir de la elección caprichosa o circunstancial de géneros diversos con el propósito de ampliar y variar una labor literaria, sino producirse por la exigencia de una expresión peculiar de las concepciones que la formen, unidas por el rasgo fundamental y decisivo de quien le dé pensamiento y continente. La *idea-madre* dicta por sí misma el necesario modo de su exposición. Lo lleva en su seno profundo, lo vierte en un molde bien determinado, el imprescindible, si ha de significar una obra genuina, desde su origen mental hasta sus manifestaciones técnicas. Acaso León Tolstoy lo pensó de esta manera cuando se demostró absolutamente contrario a las trasvasaciones de sus grandes novelas en piezas teatrales, voluntad que no fue respetada luego de su muerte. Sin embargo, no es raro advertir en el trabajo general de escritores insignes la separación de fondo que existe entre sus obras de variado género. Poetas o novelistas que, al abordar el teatro, no han concebido la dramaturgia como una forma diversa de su propio concepto de la creación literaria, lírica o narrativa. Han ido al escenario por un camino diferente, entendiendo que su drama o su comedia no habrían de tener relación alguna con sus versos o relatos, y desfigurando, así, por consiguiente, su verdadera personalidad de escritor. Por lo común, eso ha podido ocurrir a causa de una estimación peyorativa y, naturalmente, equivocada de los valores del teatro dentro de la literatura. Ciertamente que el arte dramático actual se ha colocado por sí mismo —de un modo suicida, a la larga— *hors de la littérature*, como dijo la crítica, a fines del siglo pasado, refiriéndose al melodrama de Georges Ohnet, pues es seguro que, pasado como espectáculo, no encontrará lectores en la misma medida en que ahora encuentra espectadores. Conseguirlos y aumentarlos es la gloria perdurable de un Esquilo, un Shakespeare, un Ibsen. Pero ahora se trata del teatro romántico, porque recordamos el deseo de Honoré de Balzac de convertirse en un dramaturgo o un comediógrafo, capaz de competir con Hugo o con Scribe. ¿Y por cuál razón? No, legítimamente, porque sintiera la ineludible exigencia de exponer algunas de sus concepciones literarias mediante la acción iluminada y el diálogo vivo del proscenio, sino porque —¡ay!— el autor dramático podía ganar más dinero y más rápidamente que el novelista. Ya se recordará hasta qué punto estaba abrumado por las deudas y asediado por sus acreedores. Así, abriendo algunos paréntesis a su ímproba tarea de la *Comedia humana*, pretendió componer una *humana comedia*...

◇

¿Qué relación podía haber entre una y otra? Balzac pasó revista, acaso, a los personajes de sus novelas y eligió a uno de segunda o tercera fila, Jacques Collin, hombre tenebroso, aventurero de las más bajas lides, delincuente avezado, navegante en turbias aguas del mar urbano de París. Su apodo, su nombre de guerra, es Vautrin, y le ha dado materia para varios capítulos. Si Vautrin, dentro de la narrativa balzaciana, se dibujaba ya como una figura folletinesca, era lógico advertir que iría a ser el protagonista de una fábula melodramática en el teatro. Balzac no lo pensó así. El se propuso, en los últimos meses de 1839, escribir un drama en cinco actos, que destinó al teatro de la *Porte Saint-Martin*, famoso en los anales de la dramaturgia romántica, de la cual fue el baluarte inaccesible. Y allí se estrenó el 14 de marzo del año 40. La crítica no juzgó favorablemente la obra, y el público no tuvo espacio para determinar su opinión en un buen éxito o definido fracaso, porque la autoridad prohibió en seguida las representaciones por considerar inmoral la pieza. Balzac pronuncia la palabra *desastre*, pero no se queja por la autoritaria medida. "Lo arbitrario —dice— es el flaco —*le péché mignon*— de los gobiernos constitucionales." Tampoco discute los juicios de la prensa, y se niega a explicar si su drama era o no moral. No quiere colocarse "por debajo de *Prudhomme*" al tratar estas cuestiones. Le basta que, en la ocasión, Víctor Hugo se mostrase "tan atento, en el mismo grado en que es un gran poeta". ¿Qué clase de obra era este "Vautrin"? Los duques de Montsorel han solicitado para su hijo, el marqués Alberto, la mano de Inés de Christoval, princesa de Arjos, de una familia española residente en Francia. Pero esta joven se siente atraída por Raúl de Frescas, galán apuesto y rico, bastante enigmático, pues no se le conocen ni patria ni parientes. La duquesa de Montsorel cree adivinar en él al unigénito de su matrimonio, Fernando, a quien repudió el Duque por considerarlo hijo adulterino. Hizo, además, que desapareciera desde la cuna, con la promesa de respetar su vida a condición de que la Duquesa acogiese como fruto de su enlace a otro hijo habido en una querida, cortesana famosa, es decir, al marqués Alberto. ¿Quién es el misterioso Raúl? Un protegido de Vautrin. La banda de este raro truhán roba para que el joven Fres-

(CONTINUA EN LA PAGINA 3)

Rezo

Por Silvina Ocampo

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1969

Una criatura reza. No advierte que reza al pensar
y en el anhelo de morir o de matar.
Frente al tedio o al gran entretenimiento, reza.
Al ser odiada y al odiar, reza.
Amada o cuando no es amada,
en la subrepticia velocidad,
en la lentitud extrema,
frente a la idiotez,
al esperar
y cuando al fin se hartó de esperar,
frente a la belleza, a la inteligencia, reza.
Porque se lo enseñaron tal vez
y, si no se lo hubieran enseñado, lo aprendería al enseñárselo
a otro, reza.
Con frases ancestrales
indescifrables o desesperadamente improvisadas
en el futuro
con impropios gerundios
adulando
sin tregua reclamando
con las manos, con los ojos, con las rodillas,
con admiración servil
con falso desprendimiento
presa de presentimientos
repitiendo hasta perder el sentido una palabra,
con intrépida esperanza
con todos los tropos
que le parecen pocos
con los ojos cerrados también
como cuando jugó al gallo ciego
o para pedir una fruta con fervor
cuando jugaba a Martín pescador
con el cortaplumas
en la mano, abierto, con premura
furtivamente, fumando
en la calle,
en posición incómoda reza
y acostada también
en la arena enorme o en la cama de bronce.
Cuando arde su corazón como una antorcha
o se vuelve, corazón prestado, de hielo
que mata o de piedra.
Frente a quien le dice no,
o le dice sí cuando espera que le digan no.
Sobre el trozo de pan que cae al suelo
y que devora el gato o el perro.
Esperando la luz de un ascensor que nunca llega
o el semáforo verde.
Frente a la imagen amada
frente a nada
a un resplandor
imperceptible, a un aroma,
al pedestal vacío
al tránsito, con furor, dividida,
sin rumbo. En un resumen
de animal, de piedra, de planta
de agua de palma,
de nube
de espuma
de distintos olores del aire
de distintos resabios.
Cuando no la entienden
o entiende demasiado a quien la entiende apenas.
Cuando insulta
o la insultan.
Cuando miente.
Cuando se pierde.
Cuando quien recuerda la olvida.
Cuando se detiene o sigue.
Cuando rememora algo que jamás vivió
y que está segura de haber vivido.
Cuando un primer encuentro no parece el primero.
Cuando la realidad le da más miedo que un sueño.
Bajo la lluvia
entre la turba
abrasada por el sol,
sola, sola, sola,
o acompañada,
desaforada
dentro de una gruta,
oyendo voces que ululan
o voces de animales que hablan
y discurren sabiamente.
Asistida por ángeles
o por diablos.
En todo lo importante
y en todo lo que no tiene la más mínima importancia
tirando a cara o cruz
en plena luz
como los criminales, deslumbrada,
mirando nada.
Un tigre camina incesantemente
sobre ese corazón que reza
y a veces se arrodilla
brilla
y sabe lo que ella no sabe en ese momento
pues no es ella misma a veces la que reza
sino después, mucho después
otra, que la sustituye.

La experiencia de la realidad

Por Julián Marías

Para LA NACION — MADRID, 1969

HEMOS tomado contacto con varias formas de realidad, especialmente la de la persona. Hemos ido de la cosa a la persona, de la interpretación "impersonal" a la "personal" de la realidad. ¿De *la* realidad? —podría preguntarse— ¿De toda realidad? En cierto sentido, sí, aunque esto pueda parecer extraño. Porque no tiene ningún sentido hablar de "realidad" sin referencia a mí —sobre esto he hablado a fondo en otros lugares, y ya desde la *Introducción a la Filosofía*—; a mí, que soy persona; y, por tanto, la realidad, sea ella la que quiera, queda afectada *en cuanto realidad* por esa condición personal. Ahora tenemos que preguntarnos, desde este nivel, *cómo* se conoce la realidad.

Todos recordamos lo que Ortega llamó "las dos grandes metáforas" (que luego habrían de resultar tres). La primera, la tabla cerina, el *ekmageîon* de que hablaban Platón y Aristóteles; según esa metáfora, el conocimiento es *impresión*. La segunda metáfora es la del continente y el contenido, según la cual el conocimiento es conciencia. Realismo e idealismo son los resultados de estas dos maneras de ver las cosas. Mientras la manera de conocer antigua es percepción, la moderna es creación. Ya veremos en su lugar lo que puede traer la tercera metáfora.

La percepción tiene una estructura de la que se derivan ciertas consecuencias en las que no siempre se ha reparado. Sólo se percibe lo que *está ahí*. La psicología y la filosofía de los últimos ochenta años, y muy especialmente Brentano, han reparado en que es nota esencial de la percepción el ir acompañada de la creencia en la existencia de su objeto; percibir es tener algo como existente; pero la contrapartida es —y ahí reside de la justificación de esa creencia— que la percepción es solamente de lo real y presente. Si el hombre fuera sólo un animal perceptivo o percipiente, su vida sería imposible, quiero decir, no sería vida *humana*, no sería "vida" en el sentido que damos a esta expresión cuando hablamos de la nuestra. Y el hombre no sería *persona*.

Recuérdese que la persona es futuriza, no está nunca "dada", no es *sólo* real, es programática o proyectiva, "está viniendo", su ser es un "ir a estar" o un "disponerse a ser". La percepción sólo permite una *reacción* a lo real y presente, al estímulo; pero la vida humana opera esencialmente en la anticipación del futuro, en vista de lo que *no está ahí dado*, y por tanto no se puede percibir. Ahora estoy viviendo en vista de lo que voy a hacer por la tarde, pero la tarde no está ahí, no está dada, no puedo percibirla en modo alguno, y sin ella, sin esa tarde irreal, mi vida actual de este momento no sería inteligible, no podría ser.

La conciencia de los modernos da lo suyo a la imaginación, y representa sin duda un paso hacia adelante. Pero la interpretación que el idealismo deslizó en ella encierra un error. La expresión aparentemente tan inocua, "yo tengo conciencia de" envuelve, como Ortega mostró en fecha increíblemente temprana, un error descriptivo. No sólo no es la conciencia la *realidad absoluta* (o "relativa a nada", como decía Husserl), sino que *no es realidad*. Nunca encuentro la conciencia, sino la cosa; la *conciencia de* no es un fenómeno primario; en rigor, mejor todavía que "encuentro la cosa" debería decir "me encuentro con la cosa"; y si a eso llamo "conciencia", es una interpretación añadida, ejecutada en un acto ulterior, que ya no es aquel en que me encuentro con la cosa, sino otro en que "me encuentro con mi acto anterior" (en la reflexión o el recuerdo). El fenómeno primario es, pues, *yo con la cosa*; en términos más generales y más justos, *yo con la realidad*; y como, aunque esa realidad pueda ser "cosa", en todo caso *yo no lo soy*, esa realidad primaria y total ("yo con la realidad") no es "cosa" ni reductible al modo de ser de las cosas.

Aquí interviene un nuevo concepto: *experiencia*. Es la *empeiría* griega, ligada al "saber hacer", al *know how*. En un maravilloso análisis filosófico fundado en la etimología —y no simplemente etimológico—, estudió Ortega este concepto en el par. 19 de *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*; a estas páginas insuperables me remito. Ortega insistía en que la raíz *per* (común a *empeiría* y *experientia*) es idéntica con la raíz germánica *fahr* (viajar, de preferencia en vehículo), que encontramos en la palabra alemana *Erfahrung*, experiencia. El sentido de "ensayo", "prueba", tiene un sentido más radical en *periculum*, peligro (alemán Gefahr), y las significaciones que aluden al camino y especialmente a sus lugares difíciles o "pasos" (*póros*, *portus* o *porta*) vuelven a la idea del viaje. Y Ortega advierte que *fara* ("action de guetter, danger" según Ernout-Millet) es próximo a *gué*, vado (*guado* en italiano, *wat* germánico). Todavía habría que agregar, aunque Ortega no lo diga, que el inglés *ford*, vado, y toda la familia germánica emparentada (*furt*, *fjord*, etcétera), tiene estrecha conexión con *portus* y *porta*, lugar por donde se puede pasar. Experiencia es viajar, andar sin caminos, buscando los pasos; por eso Ortega ha podido decir, medio en broma, que la experiencia es "pensar con los pies". Y si remontamos de las experiencias en sus formas parciales a su manera radical, nos encontramos, al lado las experiencias de cosas, con la experiencia *de la vida* (véase mi ensayo en *El tiempo que ni vuelve ni tropieza*, incluido en *Obras*, VII).

La vida es una operación *unitaria*, sea cualquiera la complejidad de sus contenidos. En ella nos sentimos siempre a una cierta "altura", lo que se llama la altura de la vida; y esto nos remite, secundaria pero inexorablemente, al "camino" recorrido. Aquí interviene, junto a la futurición, inseparable de ella, el pasado: vivir es estar *ya* viviendo, encontrarse *ya* en la vida (hace muchos años insistí en que el nacimiento es el "absoluto pasado", el pasado que nunca fue presente, que encuentro ya a la espalda cuando me encuentro en la vida). Vivir es, pues, siempre y no sólo en la edad madura, hallarse *nel mezzo del cammin*, si no "a la mitad", sí *en medio del camino*, y aunque estemos al comienzo, porque la vida siempre ha empezado ya.

La experiencia nos permite ver "la espalda de las cosas", pero no es experiencia, sino un engañoso espejismo, creer que se está "de vuelta", porque la vida es una operación, como hemos visto, que se hace hacia adelante, y por supuesto no tiene espal-

(CONTINUA EN LA PAGINA 2)

El juego

Por

Norah Lange

Para LA NACION
BUENOS AIRES, 1969

Ilustración de Norah Borges

La segunda vez que ese juego nos duró más tiempo, Papá me ordenó que saliera del cuarto y se quedó solo con ella. Después llegó el médico. Me gustó pensar que Mamá y yo le ocultábamos algo. Además el juego era conmigo, no con mi padre, que no entendía de esas cosas.

Mamá y yo lo habíamos inventado una tarde en que ella entró corriendo a su dormitorio, arrojó su sombrero al aire y se tiró sobre la cama. Yo me reí porque el sombrero fue a parar encima del ropero. Después comencé a tironearla, empujándole los dedos hacia atrás, tratando de despertarla porque se hacía la dormida. Pero el juego cambió una mañana cuando abrí la puerta de su dormitorio mientras Papá se bañaba. Pensé que dormía. La miré un rato largo y ya me iba en puntas de pie, pero volví a mirarla porque me pareció que no dormía cómodamente. Estaba demasiado tiesa. Entonces le toqué la mano y como no se despertó me fui pensando que siempre dormía así.

Cuando Papá salió volví despacito. Estaba sentada en la cama tomando una taza de café, pero no parecía despierta del todo. Yo me acosté en el sitio de Papá y me tapé con su parte de las cobijas. Después me hice el dormido.

—¿Qué hacés? —me preguntó, besándome—. ¿Tienes sueño?

No le contesté durante un rato porque estaba haciendo fuerzas para no mover los párpados, pero era muy difícil. Me acurruqué al lado suyo y le dije, sin pensar que a veces la gente grande se asusta como si uno hablara en serio.

—Estoy jugando a estar muerto— y me tapé la cara con la sábana, como había visto hacer en una película. Entonces Mamá saltó de la cama y tirándome de las manos me sacó de entre las cobijas, sin importarle que me cayera, riéndonos. Así comenzó el juego. Papá ya se había ido al campo. Cada día le costaba más sacarme de la cama o empujarme al suelo con un pie descalzo. Yo no me notaba más grande, pero ella decía que ya tenía ocho años. Tal vez fuese ella la que cambiaba, porque su pie descalzo no tenía la fuerza de antes y ella miraba todo el tiempo hacia la puerta. No bien Papá volvía al dormitorio para buscar algo, se portaba mejor y no se reía tanto.

Pero una mañana empezamos a jugar a que era ella la que estaba muerta, porque la ponía nerviosa y la entristecía que fuese yo quien moría, y ella lo hacía mucho mejor. A veces nos olvidábamos de ese juego durante algún tiempo, especialmente cuando Papá se iba al campo, porque entonces yo dormía con ella. Tomábamos el desayuno en la cama y nos vestíamos despacito. Yo iba al colegio a la tarde. Mamá me esperaba para tomar el té y después salíamos si yo aceptaba hacer los deberes a la mañana siguiente. Yo le prometía cualquier cosa con tal de estar con ella.

Cuando Papá llegaba del campo salíamos menos. No había que olvidarse de nada. A mí me parecía raro que durmiesen en la misma cama si a veces no se hablaban a la hora de la comida; otras veces Papá volvía tan tarde que yo ya estaba dormido.

Una vez pensé que cuando Papá se quedaba mucho tiempo sin irse al campo jugábamos más a que ella estaba muerta. Papá no conocía ese juego y yo le había prometido no contárselo. No sé por qué me lo pidió tanto si sabía que yo no hablaba de esas cosas con él. Cuando Papá pasaba al lado mío me parecía que no me veía. Creo que dos o tres veces me acarició la cabeza, pero como si no supiera hacerlo o necesitara hacerlo más seguido. Nadie me tocaba la cabeza de esa manera.

Lo único que no me gustó fue que después de hacerse la muerta varias veces, Mamá me dijo que lo hacía para que yo me acostumbrara. Cuando hablaba así yo me enojaba con ella porque era como hacer trampa y sólo estábamos inventando cosas.

Claro que la parte de hacerse la muerta la hacía ella mejor que yo. A mí me temblaban los párpados o me sonreía a fuerza de no mover los labios, o me cansaba pronto si ella se quedaba mirándome, como si estuviese muerto de veras. Pero Mamá lo hacía muy bien y elegía una mañana cualquiera, cuando yo menos lo esperaba.

Yo me acercaba corriendo desde mi cuarto y sin avisarle abría de golpe su puerta. Entonces la encontraba acostada derecha, muy tiesa. Había corrido el almohadón cuadrado, así que yo le veía la cara desde la puerta, empezando por el mentón, pero desde abajo, como si la cara empezara en el mentón. La nariz también parecía cambiada porque la veía desde abajo, no como cuando ella estaba sentada o acostada a mi lado. Entonces me acercaba despacito, seguro de que me oía. Tenía los cabellos desparramados sobre la almohada. Cuando yo me paraba al lado de la almohada, la veía como siempre, desde arriba, empezando por su frente blanca. Los ojos estaban cerrados y no le temblaban los párpados, aunque yo le repitiese que ya había durado bastante. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Sin quitarse los anillos. Después yo me acostaba al lado de ella y le colocaba las manos de otra manera. Una vez le levanté un párpado pero no me gustó el ojo con tanta parte blanca. Cuando ya me cansaba de moverle los brazos, de cambiarle los cabellos de sitio o de llamarla, ella se movía un poquito. Pero lo hacía muy bien porque una vez hasta le hice cosquillas debajo del brazo y ni siquiera le tembló la boca. Entonces se levantaba, bostezaba, se ponía un abrigo y me decía:

—¡Qué lástima que sea mentira!— pero cuando decía cosas así yo me impacientaba, porque no tenían gracia.

Papá nunca supo nada. Creo que una vez ella se descuidó o no recordó que regresaba esa mañana y cuando la puerta del dormitorio se abrió de pronto, ella estaba como cuando jugábamos a la muerte. Papá se asustó, pero no dijo nada. Lo vi salir del cuarto para traer un poco de coñac. Ese día Mamá se quedó en cama. Cuando le pregunté qué había sucedido me contó que, por esperarme, se había hecho la muerta demasiado tiempo, hasta quedarse dormida. Pero yo no le creí; sabía que había bebido el coñac y que Papá estuvo pensativo toda la tarde, no como si hubiese estado un rato muerta de veras, sino enojado.

Pasó un tiempo largo sin que Mamá jugase a hacerse la muerta, porque Papá no salió de la ciudad. Una vez lo hizo pero de una manera tan apurada que no me entretuvo nada.

Una mañana Papá volvió a encontrarla así. Yo pensé que nos habíamos descuidado demasiado pronto. Lo único que conseguiríamos sería que Papá se enojara, porque ni siquiera se entretenía. Esa vez yo también me descuidé y entré al cuarto mientras Mamá seguía estirada en la cama. Papá la miraba sin saber qué hacer. Yo estuve a punto de explicarle que lo hacíamos cuando estábamos solos, pero ella me había hecho prometer que nunca diría nada. Tampoco hubiese tenido tiempo porque Papá volvió a llamarla y le tomó el pulso. Pero esa vez me hizo salir del cuarto. Casi le pedí a Mamá que se levantara pero él no me dio tiempo; me recomendó que no la tocara y que no entrase al cuarto hasta que no me llamaran. Oí que hablaba con alguien por teléfono. Al día siguiente Mamá me contó que era el médico. Me dijo también que sería mejor no jugar más a estar muerta, sino muy de vez en cuando.

A la mañana siguiente estaba tan alegre que tomamos el desayuno juntos en su cama. Papá se había ido al campo. Vivimos solos más de un mes y los dos estábamos muy contentos. Después llegó el telegrama donde decía que no regresaría hasta dentro de una semana. Primero me pareció que Mamá estaba más contenta, después cambió. Me llevó al cine. Llamó por teléfono a un señor que le arreglaba sus asuntos y me llevó a la sala para que lo conociera. Era un señor al que daba ganas de contarle todo. Se quedó a comer y nos llevó a un teatro de títeres.

Cuando volvimos a casa le pregunté a Mamá si podía dormir con ella esa noche. Me miró un rato y después me dijo que sí, con la condición de que me durmiera pronto y que no me hiciese el dormido si ella se levantaba para algo. Quería que le avisase en seguida si estaba despierto. Me pareció raro porque yo nunca pude hacerle creer que estaba dormido.

Me dormí tan pronto que ni siquiera la oí acostarse; ella se tardaba más porque traía agua, o corría las cortinas. Creo que me besó cuando yo me di vuelta para el lado de la ventana, como lo hacía siempre.

Cuando me desperté había mucha luz en el cuarto y en seguida me di cuenta de que me había hecho el gusto. Estaba estirada, como otras veces, con las manos sobre la sábana, un poco más juntas y más duras. Traté de separárselas pero parecían como almidonadas. Levanté un mechón de pelo que le caía sobre la frente y ella siguió quieta. Me acerqué, me acurruqué al lado suyo, pero no estaba blanda como otras veces. Hice todas las cosas que hacía siempre pero no me atreví a levantarle un párpado porque no me gustaba la parte blanca. Parecía contenta y el juego lo hacía tan bien que hasta tenía la boca un poco abierta.

Cuando ya me pareció que el juego duraba mucho me levanté de la cama, di la vuelta hasta el lado suyo, y le pedí que se despertara. Le tiré de un brazo, que me pareció más pesado. Entonces oí un golpe en la puerta. Debía de ser tarde ya. María estaría esperando para traer el desayuno. Le grité que entrara y cuando se acercó a la cama de Mamá, la miró y se tapó la boca con una mano. Yo pensé que se reía a escondidas. A mí también me pareció que el juego duraba demasiado si ella quería que nadie supiera que jugábamos a eso. Después María salió corriendo. No sé por qué pensé que el médico vendría, como la vez pasada, porque se estaba haciendo la muerta demasiado tiempo. Entonces le dije, despacito, tratando de imitar la voz de Papá:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Te estás matando!

No me contestó y empecé a cansarme. Mientras le levantaba otra vez el mechón de cabellos sentí que mi pie descalzo tocaba algo frío. Era un frasquito largo, vacío. Tuve tiempo de recogerlo antes que abrieran la puerta. Cuando el médico se acercó a la cama me pidió que saliera en seguida y que me vistiera. María me sirvió el desayuno en mi cuarto. Después llegaron varias personas. Desde atrás de la puerta oí decir a una amiga de Mamá que "había jugado demasiado con la vida". Me dio vergüenza reírme porque solamente yo sabía que siempre habíamos jugado a otra cosa. ≠

Miguel Cané y la literatura nacional

Para LA NACION **Por Adolfo de Obieta** BUENOS AIRES, 1969

—Marcos Sastre, en 1837: *"Ya empieza a brillar la aurora de la literatura argentina"* (Salón Literario).

—Miguel Cané, en 1877: *"La República Argentina no tiene en la actualidad literatura nacional"* (prólogo a "Ensayos").

ANTE todo, ¿no existe "literatura nacional" o no existe literatura de ninguna clase? ¿No la hay nacional, pero la hay extranjerizante, o hispanizante, o falsamente universalista? Parece que Cané no lamenta tanto la inexistencia de una literatura específicamente "nacional" como de literatura en general; lamenta que escritores natos no escriban; que no aparezcan libros; que no se recoja la obra inédita o dispersa; que el talento diluído en el periodismo no se acendre en la "obra"; que las "letras" no sean realidad en la conciencia social. Más tarde, escritos los libros, habida literatura (una literatura no se puede edificar con silencios, aun muy ilustres), podrán venir los debates sobre si representa y da expresión o no al "espíritu nacional", o si se repiten estilos y fórmulas heredados (*).

La segunda pregunta previa es: ¿hubo literatura nacional y dejó de haberla? Cané tampoco lo aclara, pero habría que responder afirmativamente: si destaca que la República no la tiene en la actualidad es porque la aurora que divisaba Sastre cuarenta años atrás no era falsa, y Sarmiento podía hablar de "un destello de literatura nacional que puede brillar momentáneamente".

Pero quedémonos con la neta afirmación de Cané: hacia 1877 no hay literatura nacional, y preguntémosle por qué. ¿Faltan autores?, ¿faltan editores?, ¿faltan lectores, ¿falta estímulo o reconocimiento oficial o social?

"Al tener el coraje de publicar un libro en mi país..." Prosiguiendo el prólogo de Cané, nos damos cuenta de que es, antes que nada, coraje económico, aunque acaso no se excluya el coraje personal. De nuevo: ¿falta de lectores con interés, o con recursos? ¿Falta de recursos en los autores? Cané no aclara el problema desde el punto de vista del "lector"; se especializa en las vicisitudes de los "autores". Recuerda que Posse, al traducir un libro de Quinet, dice no tener esperanza ninguna de lucro y darse por satisfecho con cubrir los gastos de la edición; no se declara pero tampoco se excluye la voluntad heroica de hacer cultura con sacrificio monetario. Y discurre *intencionalmente*, porque el asunto lo preocupa desde años atrás. Su tesis parece ser: no faltan "hombres de espíritu superior capaces de dar vida a obras imperecederas", y nombra a algunos: "Ricardo Gutiérrez, el primero entre los primeros; Pedro Goyena, José M. Estrada, Dardo Rocha, José M. Gutiérrez, Carlos Encina, Olegario Andrade, Juan C. Varela, y tantos otros a quienes la inteligencia estorba para incrustarse brutalmente en la vida vegetativa de nuestra sociedad". Y entre los viejos: V. F. López, J. C. Gómez, J. M. Gutiérrez y tantos otros ("...¿no comprendéis que López estaba llamado a dar cuerpo y vida a nuestras tradiciones legendarias y a imprimir en el espíritu del pueblo la epopeya argentina, por medio del romance y la novela?").

Primera tesis, pues: no faltan talentos. Segunda: no hay estímulo ninguno para las letras. "...y como la inteligencia se desenvuelve bajo la ley fatal de la actividad, Gutiérrez se convierte en un médico admirable, Encina en ingeniero, Goyena y Gómez en abogados distinguidos, López en un filósofo profundo, y, del Campo, el autor del «Fausto», en oficial mayor de un Ministerio".) De no ser así "pudiéramos mirar en las calles de Buenos Aires a algunos de nuestros compatriotas con el respeto con que (en París) mirábamos a Víctor Hugo en la imperial de un ómnibus o a Dumas, hijo, en un teatro".

Economía política versus literatura. O, mejor: Sociedad versus Literatura. Pues cuando Cané consigue convencer a su admirado Ricardo Gutiérrez para que contra vientos de pobreza y mareas de indiferencia haga imprimir su libro, "hechos los cálculos de desembolso y resignado Gutiérrez a perder parte de su clientela (porque, según su idea, cada estrofa le costaría un enfermo), estalló la revolución de septiembre del 74", o sea otra de las constantes antipoéticas de nuestra historia: los descarrilamientos institucionales. Pero Cané no desmaya: "En el caso de que llegue a cubrir los gastos de la edición, y esta suposición tiene mucho de paradoja, diré a Gutiérrez que publique sus versos, a Goyena que escriba un libro, y llevaré la buena nueva a todos los rincones en que se oculte un hombre de espíritu". Testigo generoso de talentos que se diluyen sin cristalizar, de tanta inspiración literaria que se evapora en los diarios, quiere una literatura nacional para que nuestra tierra no quede sin decir. No es el caso de un Sarmiento o un Mitre, porque eran hombres de acción a la vez que escritores, y uno no debe dolerse de las páginas perdidas para las letras pero escritas en actos, además de que, milagrosamente, la obra de humanistas no debió ser sacrificada; pero en el caso de los hombres a cuyo silencio no se resigna Cané no existe excusa, o, mejor, existe una, triste: los gastos de edición.

Claro que hay que pensar que si esos gastos son invencibles es porque no hay lectores suficientes, o suficientemente generosos, o educados para comprender que en ciertos tiempos y lugares la cultura no es empresa gratuita sino heroica y que el libro hay que costearlo dignamente. Pero seamos justos: para unos cuantos centenares o decenas de lectores que habrían de constituir todo el mercado literario del 70, los gastos de edición verosímilmente tendrían que ser fuertes; es posible que la literatura más bien política se viera favorecida, pero que la poesía o el ensayo filosófico o científico no pudieran resistir la escasez de lectores, a los que no se les podría exigir un heroísmo mayor que a los propios autores.

¿Y los "poderes públicos"? Hombres muy inteligentes y con alta sensibilidad literaria y filosófica gobernaban el país; ¿no tenían medios de acudir tanto como era necesario? En otro tiempo, los próceres eran sensibles a las musas; Pueyrredón las celebraba; Martín Rodríguez y Rivadavia incitaban por nota oficial a Esteban de Luca a cantar la entrada de San Martín en Lima, y, recibido el canto, por decreto le "presentan al sargento mayor-poeta una de las mejores ediciones de las poesías de Homero, de Osián, de Virgilio, del Tasso y de Voltaire..." Ese espíritu no está perdido por los días en que escribe Cané; los Rivadavia de 1875 se llaman Sarmiento, Mitre, Avellaneda. Ejemplo: en los días culminantes de la lucha entre la Nación y la provincia de Buenos Aires por la federalización de la Capital, el presidente Avellaneda (con el ministro Zorrilla) se dan tiempo para enviar un mensaje al Congreso pidiendo una ley para suscribirse a cien ejemplares del "Diccionario Filológico-Comparado de la Lengua Castellana" publicado por Matías Calandrelli; allí se preocupa el presidente "por honor de las letras argentinas a cuyo nombre y progreso contribuirá notablemente la obra", a la vez que se reconoce: "Es sabido que en países nuevos como el nuestro, obras de este género no encuentran gran protección de parte del público, y sin el auxilio del Gobierno, la publicación del Diccionario tendría que ser suspendida por los pocos recursos con que cuenta el autor" (Belgrano, julio 26 de 1880).

Vale la pena demorarnos en este episodio rivadaviano de 1880. La ley propiciada por Avellaneda no llega a dictarse, pero pronto el gobierno venidero (Roca y ministro Pizarro) dicta expeditivamente un decreto (enero 4|881) suscribiéndose "a trescientos ejemplares de la obra «Diccionario Filológico-Comparado de la Lengua Castellana», que bajo la protección del Gobierno nacional publica el profesor D. Matías Calandrelli". Como se ve, aun en tiempos más bien mercantilistas o bursátiles que filológicos, en las "altas esferas" no faltaba sensibilidad para la más alta cultura científica; Roca lo mismo dirigía la campaña del Desierto que apoyaba ese refinadísimo lujo intelectual que es el Diccionario de Calandrelli, en que se compara el español con el sánscrito, el griego, el quichua y otras ciento cuarenta lenguas y dialectos; sin su amparo —reconoce el sabio— no habría podido llevarse adelante la obra.

Quiere decir: los gobiernos nacionales (Avellaneda, Roca), los provinciales (Tejedor, Romero), la Facultad de Filosofía y Humanidades, el Consejo General de Educación y hasta el Banco de la Provincia (a inspiración de su presidente Vicente F. López) se suscriben a ejemplares; la "élite" tampoco es indiferente, ya que "las personas más espectables lo han apoyado" (López, Mitre, Sarmiento, Lamas, del Valle, Cané, Andrade, Navarro Viola...). Pero, por lo visto, una "élite", aun tan ilustre, no basta; sería necesario un "público culto" suficiente, precursor del público general; y Calandrelli no lo calla: "Con sentimiento debo afirmar que en dos años cumplidos no pude alcanzar ni la mitad de la suscripción indispensable para costear la edición de mi obra, no obstante el prestigio conque me brindara la palabra autorizada de las personas más espectables de la República Argentina...". La "muy escasa protección de parte del público"; la "glacial indiferencia (y Calandrelli como filólogo sabe lo que dice) del público se oponía a mis pasos como barrera insuperable, hasta obligarme a interrumpir la publicación de mi obra, que con tanto entusiasmo había comenzado".

Pero procuremos de nuevo ser justos con ese *público*. No pensemos tanto en el "público" como en el "país"; la gran aldea —el 80— estaba afiebrada de progreso, deliraba con especulaciones de bolsa, con repartirse las tierras de nadie que empezaban a valer, con introducir centenares de miles de inmigrantes que rellenaran el nombre de "República Argentina". Y a ese país, que iría pasando del estado heroico o de conquista de laureles al estado civil o de dormirse en los laureles, se le pedía, por Calandrelli o López, que se interesara en la etimología quichua de "alpaca", comparándola con el griego o el "sánscrito, o la vinculación de "ama" con el vascuence "amá" o el gaélico "am" o el árabe "umm"...

De todos modos, el país habrá merecido de alguna manera esa obra gigantesca cuando ese ensayo se hizo. Repárese en que el Diccionario de Calandrelli exigía un trabajo personal sin fin, pues hubo de empeñarse cinco años en hacerse de una imprenta con caracteres peculiares (para salvar el inconveniente que obligó a López a hacer imprimir en París "Les Races Aryennes du Pérou", 1871) (**); se necesitaba, pues, no sólo amor a la ciencia en grado de sacrificio —si se piensa en el lugar y tiempo de la empresa cuyos "incesantes trabajos e incalculables sacrificios" no se ocultan— sino variadas habilidades para hacerse de una imprenta especial o de suscriptores aficionados que el amparo del gobierno nacional salva la situación. Según se ha visto, responde no sólo aquél sino el provincial de Buenos Aires, como poco tiempo antes el gobernador santafecino Oroño acuerda una pensión al joven Estanislao Zeballos para facilitarle su carrera en las letras.

Si pudiera pensarse que la suerte de la obra no ya de un sabio sino de un poeta o ensayista o novelista fuera más halagüeña, el testigo Cané, a quien volvemos, viene a desengañarnos: la condición no es mejor, explíquese por falta de público, o de fortuna personal, o de mecenas, o de generalizado apoyo gubernamental. Por lo visto, escritores de la calidad de Gutiérrez, Goyena o Cané, tienen dificultades para escribir o publicar, y este último llega a decir que la indigencia es tanta que sobrando talentos la República carece hacia el 80 de literatura nacional; entre la lucha por la vida y la lucha por la edición un silencio obligado sitia nuestro Parnaso.

No se crea que es una espontaneidad al pasar, es una convicción. La repite al comentar "Fantasía Científica", de Holmberg, y aun la explicita: "Son tan raras las manifestaciones intelectuales entre nosotros, hay una indiferencia tan profunda para todo lo que se aparta del trámite vulgar de la vida positiva, que cada ensayo literario o científico que vemos nos produce una sensación agradable, a la que no es ajeno cierto sentimiento de respeto a aquel cuyo amor al culto de lo bello le da el valor suficiente para publicar un libro en Buenos Aires, que es lo mismo que recitar un verso de Petrarca en la rueda de la Bolsa". Y más o menos por los mismos días, al comentar una reedición del "Facundo": "Si se tiene en cuenta que el cultivo de las bellas letras tenía entonces (1845, cuando aparece el libro en Chile) más prosélitos en la República Argentina que hoy (1875)..." De ser correcta la observación de Cané, evidenciaría una paradoja: en medio de las luchas civiles de la posrevolución, la literatura habría alcanzado un verdor, como obras y como eco público, que se debilita cuando las cosas vuelven a su cauce, la organización nacional se asienta y el Progreso flamea sobre el país, como si en la época titánica las energías providenciales dieran hasta para el lujo de una buena literatura, con pensadores políticos como Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre, mientras que al perder la mente civil el resplandor heroico y descender a las prosaicas operaciones de la organización y la conservación...

Cané en "Ensayos" (Buenos Aires, 1877) y Calandrelli en "Diccionario Filológico-Comparado" (Buenos Aires, Imprenta de "Obras Clásicas", 1880) aportan elementos para un cuadro sobre literatura (o cultura), público, gobierno, sociedad, economía... La síntesis (¿programática o polémica?) podría ser ésta: "... aquel espíritu de primer orden, que cruza hoy la vida, en medio de una sociedad positiva que lo desconoce y no lo honra, como deben ser hanrados los poetas" (Cané: "Ricardo Gutiérrez"). Ni público ni gobierno exclusivamente: la sociedad.

Seguramente, verificar la exactitud del pesimismo editorial de Cané exigiría una investigación cuidadosa, aun sin computadora; se trataría, sobre todo, de encarar una doble comparación difícil: entre la condición del escritor argentino y del escritor americano o europeo hacia el mismo tiempo, y entre el escritor argentino de entonces y de ahora, ya que casi cien años después de la denuncia de Cané se sigue sabiendo de la numerosa peregrinación de autor en busca de editor, aun funcionante ese noble Fondo Nacional de las Artes que se le olvidó a Sarmiento. Puede ser que en 1837 no hubiera tanta aurora literaria como creía ver Sastre, pero parece más seguro que en 1877 había menos crepúsculo del que creía ver Cané. Es "obligatorio no concederle —y supongo que a él le gustaría esta justicia— que por entonces no hubiera literatura nacional; no sólo el "Facundo" andaba por la cuarta edición, sino que aparecían libros honrosos, como los del propio Cané. Preferimos pensar que ninguna obra grande que pudo escribirse dejó de ser escrita entre nosotros, ¿o es un consuelo forzado?

Sería útil, de todos modos, confrontar el punto de vista de Cané —mejor, su testimonio sobre dificultades para una literatura nacional— con el de alguno de sus contemporáneos, por ejemplo Martín García Mérou en "Recuerdos literarios" (1891), a quien también preocupa cierto desierto cultural explayado sobre el desierto físico, cierto exceso de silencio literario. Esa confrontación nos traería más elementos para formar opinión sobre si en la alegada retracción de los escritores a escribir o a publicar gravita tanto la indiferencia general (público, gobierno, sociedad), o cierto escepticismo personal, o falta de voluntad o capacidad de lucha y hasta alguna chispa de heroísmo civil en los hombres de cultura. O si se acusa la ausencia de una predisponente herencia literaria o filosófica, ya que el propio Cané anota que "es indisputablemente sensible que los conquistadores de América del Sur no hablasen un idioma «vivo» "y Sarmiento anota que no hemos podido heredar de España instituciones ni letras vivas ("Conflictos"). O, en fin, para terminar preguntando, si sucedáneos de la literatura, como son la oratoria, la conversación o el periodismo, no consumen preciosas energías literarias. ≠

(*) El problema del "nacionalismo" idiomático, literario, artístico, filosófico, nace ya con los teóricos de la Revolución de Mayo y es desarrollado, sobre todo, por la generación del 37, especialmente Echeverría y Sastre; más tarde, por los días de Cané, se renueva la dilucidación entre la Academia Argentina, preocupada por lo nacional, y el Círculo Científico Literario, más fiel a la formación europea.

(**) "No bien me puse en la tarea de escribir el libro, cuando comprendí que a pesar de mi entusiasmo por el asunto debía renunciar a la esperanza de hacerlo imprimir bajo mis ojos. Se necesitaba una imprenta de caracteres *peculiares*, manejada por directores y cajistas acostumbrados a las combinaciones ortográficas no sólo de la lengua quichua, sino de la lengua sanscrítica y de la lengua griega, *cosa imposible de esperar en la América del Sur antes de muchos y muchos años*". (Hoy habría que reexaminar no sólo el increíble esfuerzo de López —y Calandrelli— sino la tesis misma de "Las razas arias del Perú".)

La experiencia de la realidad

(CONTINUACION DE LA PAGINA 1)

da. Lo que tiene de "vuelta" —es un movimiento de ida y vuelta— es la regresión de la mera "experiencia de cosas" a ese remanso que es la experiencia de la vida. Alguna vez he expresado esta idea hablando de la vivencia del "ya sé"; el hombre —o la mujer— que tiene experiencia de la vida tiene, respecto de las cosas, es decir, de cada cosa, una experiencia *incoada*, que no necesita cumplirse en su integridad. Es lo que traducen algunas locuciones españolas que descansan en el fondo de la experiencia humana: el "verlas venir" (alusión a las cartas que se descubren en la experiencia del juego apenas se manifiesta su "pinta", antes de que aparezcan completas), el "estar al cabo de la calle" (se entiende, de la calle en que ya se está realmente, sólo que no hace falta recorrerla hasta el final).

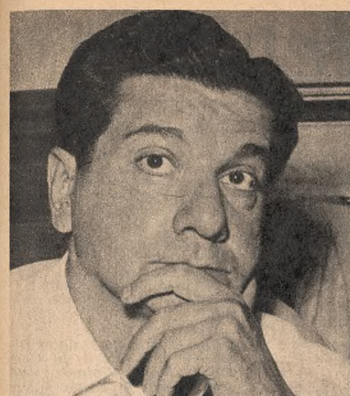
La vida posee una configuración que va cambiando con la edad, y la edad misma es un elemento decisivo de esa configuración. Pero lo interesante es que la experiencia consiste en poseer esa configuración *proyectivamente*, hacia el futuro. Nos poseemos personalmente gracias a que *no* nos poseemos nunca de un modo total, sino que estamos viniendo desde la irrealidad del futuro que se anuncia en la realidad de nuestro presente. Y esto hace que ni siquiera lo que es *ya* —el presente—, ni aun lo que ha sido —el pasado— sea propiamente *dado*; en rigor, nada humano es mero "dato" —y el haberlo olvidado ha sido un error decisivo de las ciencias de lo humano, que por un momento pareció superarse y en el que se está recayendo—. Piénsese en la idea del *happy end* y, por otra parte, en la convicción griega de que nadie es feliz hasta el final, de que no tiene sentido decir de nadie que es feliz hasta que ha muerto; porque no se sabe lo que le va a pasar. La mentalidad moderna propendería a pensar que alguien *es* feliz, cualquiera que sea lo que el futuro le reserve; pero el griego pensaba agudamente que dentro de la configuración total de la vida, ello es problemático. Lo que es depende de lo que será; es decir, ni siquiera el pasado puede darse por dado y hecho. "Ni está el mañana —ni el ayer— escrito", decía perspicazmente Antonio Machado. Y siempre me ha parecido expresión de la más profunda sabiduría la oración de la Misa: "Líbranos, Señor, de todos los males, pasados, presentes y futuros". Frente a lo que el racionalismo podría pensar, tiene el más hondo y riguroso sentido pedir a Dios que nos libre de los males pretéritos.

Pero puede preguntarse si es posible la experiencia de la vida. En un sentido distinto, no puede menos de recordarse la teoría de las Ideas regulativas kantianas, las "síntesis infinitas" que no pueden ser objeto de experiencia y, precisamente por eso, no permiten un conocimiento metafísico dentro del ámbito de la razón especulativa, aunque reaparezcan como postulados dentro del de la razón práctica, con evidencia incondicionada para el sujeto (idea que, dicho sea de paso, habría que repensar a fondo fuera de los supuestos idealistas del kantismo). ¿No estoy *dentro de la vida*? Y si es así, ¿cómo puedo tener experiencia de ella? La distinción —cuyo sentido no resultará plenamente claro hasta más adelante— entre *la* vida y *mi* vida permite superar esta dificultad. Estoy dentro de *mi* vida como realidad radical, pero *en* ella encuentro *otras*, respecto de las cuales estoy "fuera". La experiencia de *la* vida no es experiencia de *mi* vida. La experiencia de la vida se adquiere en la soledad, retirándose a ella desde la convivencia, y ello es posible gracias a la comunicabilidad de las circunstancias, que se manifiesta sobre todo en las formas del amor y la amistad. En rigor, es *mi vida* la que tiene experiencia de *la vida*.

En esta perspectiva es donde aparece en rigor la experiencia de la realidad personal o, con otras palabras, la mismidad del prójimo: tenemos experiencia del prójimo *mismo*, no de sus cualidades, pertenencias o atributos. Y entonces descubrimos, al hacer esta experiencia real y directa, sin sustituir la realidad personal por sus esquemas, que la vida tiene muchos lados o caras, que es *mehrseitig* —según la expresión de Dilthey—, *many-sided*, y al mismo tiempo un carácter sistemático, de tal suerte que cualquier contacto del prójimo mismo, del prójimo en su mismidad, complica su persona entera, aunque ésta, en su integridad, sea siempre inaccesible; quiero decir que esa integridad está actuando en cualquier "punto" de su mismidad. ¿Cómo? Diremos —tomando con igual rigor las dos palabras— que *está latente*. Al tropezar con la mismidad de la persona, en la cual late su integridad sistemática, sentimos un regusto de eternidad y a la vez un desengaño —entendido, no psicológica, sino metafísicamente—: es la imposibilidad de la posesión, la recaída en el tiempo, en el futuro, en el proyecto sin el cual no *es* ni siquiera lo que es presente.

Ahora entendemos mejor el final del capítulo anterior, la culminación del problema de la persona en las dos interrogantes inseparables y cuyas respuestas recíprocamente se excluyen: ¿Quién soy yo?. ¿Qué será de mí? La articulación del 'yo' como proyecto con su trayectoria efectiva es siempre problemática. Cuanto más 'yo mismo' soy, soy más vulnerable, estoy más abierto a 'lo que venga', estoy menos 'hecho', soy menos 'cosa' y sé menos *qué* va a ser de *mí*. En la medida en que lo sé, soy menos yo. Por eso, la excesiva experiencia de cosas suele destruir o no dejar nacer la experiencia de la vida.

El problema fundamental que se plantea cuando se toma en serio la experiencia de la *realidad* es el de la *conexión*. Ya hemos visto que la percepción no la da, y por eso no permite "vivir" (en el sentido de una vida humana, de una vida que no sea meramente biológica). Sólo la *razón*, aprehensión de la realidad en su conexión (según la vieja definición que propuse en la *Introducción a la Filosofía*), hace posible la vida humana. Pero las interpretaciones usuales de la razón, dominantes en tan gran porción de la historia de la filosofía, destruyen la experiencia de la vida y con ella la posesión de la realidad personal; el racionalismo está seguro y cree saber de antemano cómo son las cosas: racionales; el irracionalismo también está seguro de que son irracionales (el irracionalismo, como veremos en su lugar, tiene además otro inconveniente: es imposible). La experiencia de la vida, homólogo noteórico de la razón vital, alvéolo dentro del cual ésta funciona, *subsuelo de la filosofía* —permítanseme estas anticipaciones, ya inteligibles, de tesis cuyo sentido pleno no podrá aparecer hasta más adelante, en virtud del sistematismo de la filosofía—, hace posible el planteamiento efectivo del problema. Sólo ahora podemos preguntarnos de frente por la vida humana. ≠



Augusto Roa Bastos

Hugo Rodríguez-Alcalá

Letras hispanoamericanas

El conflicto esencial de la literatura paraguaya

HUGO RODRIGUEZ-ALCALA ha sintetizado en un folleto, *La literatura paraguaya* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, 64 páginas), un panorama más convincente que el que ofrecen los abusivos tres volúmenes de Carlos R. Centurión (Buenos Aires, Editorial Asunción, 1947 - 1957), después refundidos y ampliados con el título de *Historia de la cultura paraguaya* (Asunción, Biblioteca Ortiz Guerrero, 1961), y sobre el registro de cuanto compatriota del autor llegó a la letra impresa.

Rodríguez - Alcalá destaca en primer término, la significación de historiadores, juristas y ensayistas en la literatura paraguaya, desde Juan Silvano Godoy (1850 - 1926) a Julio César Chávez (n. 1907), incluyendo en el aprecio a Cecilio Báez (1862-1941), Manuel Domínguez (1869-1935), Manuel Gondra (1871-1927), Juan E. O'Leary (n. 1880), Justo Pastor Benítez (1895 - 1962), Efraín Cardozo (n. 1906), Justo Prieto (n. 1897) y Natalicio González (1897-1966). El crítico no se detiene a señalar la intención fuertemente localista de gran parte de esos estudiosos, quienes refuerzan el nacionalismo tantas veces agresivo de los historiadores hispanoamericanos que insisten en el desarrollo polémico de sus tesis. En el caso paraguayo se han reiterado las apologías de ciertas figuras históricas, el Dr. Francia y los dos López, sin que se superen los apasionamientos partidarios.

Frente a la continuidad de hombres de pensamiento comprometido, no son muchos los poetas, narradores y dramaturgos paraguayos. En la poesía cuentan: tres discretos versificadores modernistas, el poeniano Alejandro Guanes (1872 - 1925), el neoclásico Eloy Fariña Núñez (1895-1929) y el rubenista Manuel Ortiz Guerrero (1879-1953); dos posmodernistas de vocación social, Julio Correa (1900-1953) y Hérib Campos Cervera (1908 - 1953); algunos neorrománticos aparecidos en 1950, a los que se había adelantado la inquieta Josefina Plá (n. 1909), y a quienes superó largamente Elvio Romero (n. 1927), de marcada intención política. En la narrativa se señala un predecesor interesante, Carlos Zubizarreta (n. 1904), costumbrista educado por lecturas de Valle-Inclán, y se personalizan dos escritores actuales: Gabriel Casaccia (n. 1907), tardío naturalista de *La babosa*, 1952, y el mayor de los escritores paraguayos, el de más intensa y sostenida producción, Augusto Roa Bastos (n. 1917). La obra de Roa Bastos se ha difundido con éxito continental a través de libros impresos fuera de su patria: *El trueno entre las hojas*, 1953; *Hijo de hombre*, 1960, y tres colecciones de cuentos, que repiten algunas piezas: *El baldío*, 1960; *Los pies sobre el agua* y *Madera quemada*, ambas de 1967. En el teatro, aunque abunden autores y títulos, es poco lo que puede reconocerse con valores que superen los éxitos locales; aun los dramaturgos más recientes vacilan en los recursos técnicos y en las soluciones verbales; un lugar especial corresponde al teatro en guaraní, iniciado en 1933 por Julio Correa (1890-1953) con piezas inspiradas por la guerra del Chaco.

A pesar de los reparos, no está mal la lista que puede recuperarse de los capítulos de Rodríguez - Alcalá, sobre todo frente a la avalancha de nombres con que ahogan otras reseñas de literatura nacionales de esta América. Pero es necesario distinguir de esos escritores a los que tienen derechos de ingreso en un panorama hispanoamericano: entre los poetas, Campos Cervera y Romero; entre los prosistas, Zubizarreta, Casaccia y Roa Bastos; sólo en ellos la literatura alcanza un nivel de realización plena y memorable.

En búsqueda de explicaciones para esta escasez de escritores con categoría extranacional, Rodríguez-Alcalá apunta los conflictos internos y las guerras que por años han abatido al Paraguay. Entre 1717 y 1735, bajo el dominio hispánico, la revuelta de los comuneros inició la serie; a poco de alcanzada la independencia política, la dictadura de José Gaspar de Francia estancó el progreso cultural del país; no mucho después, los desmanes del mariscal Francisco Solano López y la guerra con la Triple Alianza agotaron materialmente al país y aniquilaron a buena parte de su población masculina; en nuestro siglo, la contienda del Chaco, entre 1932 y 1935, cortó la labor reconstructora que había impuesto heroicamente la generación del 900, la más afirmativa que ha tenido el Paraguay. A la contienda internacional ha seguido una continuidad de revoluciones y dictaduras, que ha obligado a desterrarse a varias generaciones de intelectuales jóvenes. A los motivos políticos deben agregarse las condiciones económicas de un país mediterráneo, muchas veces obstaculizado por vecinos poderosos, y las deficiencias de la educación pública, con su presupuesto reducido al mínimo.

A los desastres históricos paraguayos pueden aproximarse los de otras repúblicas hispanoamericanas, que en no menos dolorosas circunstancias han logrado un afianzamiento mayor de la literatura y las artes; sorprende por esto que Rodríguez - Alcalá ni siquiera nombre el problema esencial de los escritores de su patria: su bilingüismo.

En artículo impreso en Buenos Aires (*Negro sobre blanco*, Nº 18, abril de 1961), Roa Bastos caracteriza con lucidez una situación idiomática, la paraguaya, única en esta América. El punto de comparación propuesto por el autor de *Hijo de hombre* es el Perú, donde el quechua es el idioma de fuertes masas campesinas y ciudadanas, que afirman así la continuidad sin mezclas de la población aborigen; por el contrario, en el Paraguay no quedan indios guaraníes puros, mientras su idioma persiste con amplitud extendida a todas las clases sociales. El guaraní es un medio de comunicación que ha sobrevivido a cuatro siglos de convivencia con el español, convirtiéndose en el auténtico vehículo del entendimiento nacional. En el Paraguay del presente lo hablan las familias tradicionales en sus distintas generaciones, los descendientes de extranjeros, enriquecidos o no, la clase media en ascenso o en retroceso, los pobres de las ciudades y los campesinos. Profesores universitarios y artistas, políticos y militares, comerciantes y profesionales, hasta los que han pasado largas temporadas fuera del Paraguay, recurren al guaraní para su existencia de todos los días, a veces como encubrimiento frente al "extranjero", por hispanoamericano que éste sea. El arraigo guaranítico ha desfigurado fuertemente al castellano, tanto en el vocabulario, como la morfología, la sintaxis y la entonación; este resultado se explica con la confesión que generaliza Roa Bastos, en certera asunción de la realidad patria: "Solamente hablando en guaraní el paraguayo logra una absoluta naturalidad expresiva".

El reconocimiento de Roa Bastos sitúa la tardía y vacilante aparición de las especies narrativas, como los titubeos de las formas dramáticas y la artificiosidad de casi todos los poetas. Las tradiciones españolas resultan de más fácil asimilación para los técnicos del verso, pero los limitan en la expresión de su intimidad; sin embargo, Fariña Núñez desdeñó el guaraní, salvo en algunas notas de color local facilitadas por el vocabulario, con la misma intención del Lugones de los cuadros costumbristas; tampoco Campos Cervera y Romero se han interesado por la expresión guaranítica, al menos por la entraña del conflicto que aprieta a sus compatriotas. Entre los narradores, Zubizarreta y Casaccia han esquinado el problema, tal vez sin planteárselo con nitidez; sólo Roa Bastos ha buscado y busca una solución que supere ese acecho permanente de su expresión, esa fuerza localista que lo arrastra, cerrando sus relatos a la universalidad de la gran literatura. Desde *El trueno entre las hojas* a los cuentos últimos se comprueba la afirmación de un idioma que trata de ser leal a las formas mentales de sus personajes, evitando la inclusión de frases guaraníes directas. El resultado, propuesto a partir de una situación nacional distinta a la del Perú, se acerca, sin embargo, al de José María Arguedas: el quechuismo mental de Arguedas ha roto las estructuras idiomáticas del español creando una sintaxis peculiar, poética y realista en la intensidad de sus notas; el trabajo de Roa Bastos, más arduo, ya que las tradiciones culturales guaraníes son pobres frente a las quechuas, logra la traducción mental de muchas formas guaraníticas que dan a su idioma un realismo particular, sin la magia de Arguedas, pero con una fuerza, ruda y a la vez ingenua que se lleva bien con sus planteos sociales y sus protestas a favor de los depojados.

En los años últimos y muy atentos a la experiencia de Roa Bastos, algunos estudiosos paraguayos han revisado los conflictos del bilingüismo; pueden señalarse al respecto ensayos de Josefina Plá, Francisco Pérez —Maricevich y el mismo Rodríguez— Alcalá, además de los datos tangenciales aportados por historiadores y sociólogos; falta el intérprete global del problema que lo sitúe en los niveles actuales de la cultura hispanoamericana, dando así una ayuda básica a los escritores acechados por el dilema. El intérprete de esa situación lingüística tendría que ser un estudioso con los instrumentos científicos y el fervor poético que Gilberto Freyre aplicó a situaciones mestizas de su Brasil natal. ≠

Juan Carlos Ghiano

Letras norteamericanas

Presente y futuro de la literatura norteamericana

¿COMO ve las letras norteamericanas de hoy el historiador de la literatura? ¿Encuentra en ellas continuidad con una tradición literaria, puntos de partida, caminos que se cierran, ciclos cumplidos?

Leslie A. Fiedler nos da su respuesta. Crítico y profesor universitario, es autor, entre otras obras, de una historia crítica de la literatura "entre Hemingway y Baldwin": *Waiting for the End* (Esperando el fin) (*). El título por demás desalentador describe la actitud que Fiedler descubre en ciertos autores de hoy ante la literatura. Parece también ser la suya, por lo menos en cuanto a la novela se refiere, ya que en el capítulo "El fin de la novela" señala su inevitable decadencia.

Fiedler llega a esta conclusión después de establecer la continuidad de la novela contemporánea con la tradición del género en los Estados Unidos. Sostenida por los dos grandes novelistas del siglo XX, William Faulkner y Ernest Hemingway, durante la década del 20, a partir de entonces fueron generalmente escritores menores, si bien populares, o los "subterráneos", poco leídos por el público e ignorados por la crítica de su época, los que mantuvieron esa tradición y la hicieron llegar a los autores de hoy.

En *Waiting for the End* se analizan los vínculos entre la producción actual y la de las décadas anteriores. Del Faulkner de los años 20 deriva sin duda alguna toda una escuela y del Hemingway de la misma época queda el sello de un estilo. Por otra parte la novela antibélica y el antihéroe —dos modificaciones de la tradicional novela de guerra que impuso Hemingway— reaparecen dsspués de la segunda guerra mundial como expresión de un nuevo pacifismo. El antihéroe de hoy nos resulta, sin embargo, más absurdo y anónimo que antiheroico.

La novela de los años veinte nació de las experiencias vitales que más honda huella dejaron en los escritores de la generación perdida: la primera guerra mundial, la desilusión de la posguerra y el exilio en Europa. La novela proletaria, característica de la década siguiente, fue consecuencia de otras vivencias: la vuelta a América y la depresión económica. Los escritores de la década del 30 encontraron en Hollywood un infierno artificial que superó a los reales como motivación para los novelistas: de ahí que la novela anti-Hollywood sea, según Fiedler, la expresión más lograda de la lucha de clases.

Tanto la novela de los años 20 cuanto la de los años 30 se enlaza con la que escriben en las décadas del 40 y del 50 autores que, inseguros ante el camino a trazar, optan por volver a lo ya hecho. Es así como de la novela de la década del 30 recogen la presencia diaria de la violencia en las grandes ciudades. La imponen en su obra particularmente los escritores negros y judíos que pasan a ocupar un lugar central dentro de la producción literaria de los últimos años.

Los novelistas judíos retoman personajes americanos arquetípicos y los actualizan en obras basadas en el absurdo. La ilusión de la convivencia pacífica entre las razas, presente desde los orígenes de la nación americana, se despierta nuevamente ante las obras de escritores negros. Nos recuerda Fiedler entonces que la experiencia peculiarísima que le toca vivir a los Estados Unidos es la de realizar su destino en presencia de razas coexistentes pero no asimiladas. El esquema de la relación ideal entre ellas ya lo había dado Henry D. Thoreau en su pintura de la camaradería entre un blanco y un indio. Superado hoy el mito de la camaradería, nace el de la integración total. Este no sería sino el reflejo de la actitud de siempre del blanco hacia el indio o el negro. Dividido contra sí mismo por un modo de vida puritano que le impuso la represión del instinto y el rechazo de lo romántico, descubrió muy pronto que así el indio como el negro eran puro instinto, puro romanticismo. Asimilarse a ellos era, entonces, etapa necesaria para la reconciliación consigo mismo.

Al acercarse la década del 60 comienza, según Fiedler, la rebelión contra la cultura. De esta posición nace la novela antiuniversitaria en la que se presenta a la Universidad como un microcosmos, y se propone un héroe que al abandonarla simbólicamente abandona el mundo. Es lo que ocurre con los personajes de Salinger. En ese mundo el profesor no es ya el seductor del enfoque tradicional de las relaciones entre educador y educando, sino el seducido y víctima patética y absurda.

Leslie Fiedler

Del deseo de escapar de la realidad surge la necesidad de nuevos "paraísos artificiales". Es entonces cuando Allen Ginsberg y su escuela proclaman la alteración de la conciencia por medio de drogas para ver el mundo desde otra perspectiva, y en conspiración con un público que opta por formas nuevas y el novelista que traiciona su arte crean las condiciones necesarias para que se dé el fin de la novela. No, por cierto —se apresura a aclarar nuestro historiador—, el fin de la ficción, ya que ésta existió antes de la novela y la sobrevivirá en otras formas.

En su último capítulo sobre la novela, Fiedler acepta el fin del género: su creación en el siglo XVIII respondió a la necesidad de leer de un público recién accedido a la cultura; hoy la "necesidad de ficción" se satisface en el cine, la televisión, las historietas. Y agrega que quien insista en defender la supervivencia de la novela adopta la misma posición del defensor de la épica en el siglo XVIII ante el avance de la novela.

¿Y cuál es el destino de la poesía contemporánea? Siempre en el tenor del título de la obra, recuerda Fiedler que ya hace años que se duda de la posibilidad de supervivencia de la poesía en un mundo que presta más atención a la existencia del poeta (siempre que éste acceda a interpretar públicamente el papel que le asigna el mito) que a los poemas que crea.

Nuestro crítico sitúa también la producción poética actual dentro de las líneas tradicionales en la poesía norteamericana. Piensa que la polarización teórica poeta popular - poeta no popular, que se dio en el siglo XIX con Walt Whitman y Edgar Allan Poe, se repite en el XX con Robert Frost y Ezra Pound. Sin embargo, agrega Fiedler, más auténticamente popular que Whitman fue Henry W. Longfellow, a quien sus contemporáneos realmente leían y citaban aunque la crítica lo haya olvidado muy pronto. También hoy, poetas como Richard Wilbur gozan de una popularidad semejante a la de Longfellow en su época. Pero la crítica se ocupa más de la escuela que deriva de T. S. Elliot y se conecta con Poe o de la que se ubica en la tradición de Whitman. La única tradición ininterrumpida en la poesía americana, la que comienza con Edward Taylor, pasa por Ralph Waldo Emerson y Emily Dickinson, llega en nuestro siglo a E. A. Robinson y Robert Frost.

En cuanto a poesía se refiere, Fiedler admite que el título de su obra es hoy tan sólo un tema gastado. Y, agregamos nosotros, si bien anuncia el fin de la novela, felizmente el número de novelas que se escriben y, evidentemente, se leen, parece desmentirlo. No hay final para la literatura. Aumenta día a día el número de lectores y de ediciones, la concurrencia a reuniones culturales y la demanda de conferencias. No se trataría entonces del fin de la literatura sino de la reedición de un tema favorito de los escritores que seguirían sufriendo ante la visión de un apocalipsis literario. Es posible que nadie los escuche y que a su pesar lleguen ellos mismos a la fama, viéndose obligados a soportar la humillación de la popularidad mientras insisten en "esperar el fin". ≠

(*) Leslie A. Fiedler, *Waiting for the End*, 1964. Pelikan Books, 1967.

María C. R. de Martini

La comedia de Balzac

(CONTINUACION DE LA PAGINA 1)

cas aparezca en la sociedad parisiense como un *dandy* opulento y gallardo. "Yo soy la cabeza que concibe —manifiesta Vautrin en la tercera escena del acto tercero—; vosotros no sois más que los brazos"... "Raúl es un ángel en medio de nuestro barro, de nuestra indignidad. Yo soy su providencia y él, hijo de mi espíritu, constituirá mi venganza de la sociedad. Será príncipe y dispondrá de mil doscientas libras de renta". Habiéndole hallado huérfano y perdido, procedente de Cerdeña, lo protegió y ha hecho de él uno de los *lions* más elegantes y fastuosos de París. Mas Raúl tiene una conciencia... "¿Estoy entre las manos de un ángel o de un demonio? Soy un gran señor y un paria. Dios y Satán se unieron para fundir este bronce que es Vautrin". En tanto, los Montsorel, el Duque con odio y la Duquesa por adivinación maternal intentan averiguar si Frescas es el desaparecido Fernando. Para desvanecer las sospechas que ya empiezan a rodear a Raúl y dificultar su mutuo amor con Inés de Christoval, Vautrin se disfraza de general mexicano y se presenta a los Duques como enviado del emperador Iturbide, para declarar al joven, heredero de la opulenta familia de México, los Amoagos, y que allá, en México, el desterrado Duque de Christoval y el anciano Amoagos han concertado la boda de Inés y Raúl. El protegido de Vautrin no puede seguir aceptando su situación y, por amor, confiesa a Inés su condición verdadera, de educado y mantenido por un malhechor. Todo habría, pues, concluído si el propio Vautrin no hubiera obtenido las pruebas de que Raúl no es otro que Fernando, hijo muy legítimo del Duque de Montsorel, que ocupará el lugar debido como Marqués y próximo esposo de la joven princesa de Arjos. Vautrin podría regenerarse, obtener su recompensa. Mas la policía llega en ese momento. Esta aventura se concluye. Mas la vida sigue. Y el aventurero presiente: "Dentro de diez meses habrá bautizo. Observa bien, Raúl, en la puerta de la iglesia, si entre los pobres hay alguno que desea estar seguro de tu felicidad... Adiós. Marchemos". Y se va, sereno, a la prisión. Esta intriga —hay que contarla para ilustración del lector— que acumula aún más episodios, y que no explica y menos justifica aquella prohibición, define el concepto que Balzac tenía del teatro. El escritor, que en su novelística había introducido tantos rasgos del realismo, todavía no nacido como escuela literaria, entrégase a las imaginaciones más desbordadas del romanticismo. Su "Comedia humana", invención de su genialidad vigorosa, no por eso dejaba de acusar sus orígenes en las narraciones de los siglos XVII y XVIII. Mme. de Lafayette, el abate Prévost, Rousseau, Choderlos de Laclos, habían contado sus historias sentimentales, donde jugaban caracteres y costumbres que revelaron, también, la *comedia* de un tiempo de Francia. Hubiera sido lógica, por tanto, una tendencia de Balzac a apoyarse con firmeza en el teatro, que paralelamente se había desarrollado con aquella narrativa comenzando por Molière, siguiendo por Lesage, Marivaux, Sedaine, Diderot; un teatro donde conflictos, personajes y hábitos reproducían la sociedad francesa con temas surgidos de la realidad, con normas moderadas, insinuados atisbos psicológicos, diálogos de lenguaje pulcro, elegante, pero no desusado ni excesivo. Más aún, por cuanto el drama romántico había dado ya sus frutos mayores y más brillantes, desde el "Hernani" de Hugo y el "Chatterton" de Vigny.

◇

Balzac no repara en esta cuestión estética, y, al parecer, sin reflexionar mucho busca otra senda artística para su producción dramática. Se le ocurre componer —lo dirá en el prefacio, al publicar su obra— un drama a la "italiana, española o inglesa", porque "la crítica pide desde hace veinte años piezas de esa índole". No sabemos —¿lo sabía el propio autor?— cuál podía ser el modelo itálico. En cuanto al hispano, tal vez recordaba vagamente a un tal Lope de Vega, y el británico sería, naturalmente, Shakespeare. Balzac lee en una "historia del vapor", libro de Arago, que en pleno siglo XVI un español había logrado fletar un navío en el puerto de Barcelona y hacerlo navegar sin remos y sin velas; y que, luego, desesperado, ante la incomprensión y la hostilidad circundantes, lo había hundido allí mismo en "presencia de doscientos mil espectadores". Esta será, pues, la comedia —así la califica— estrenada en el Odeón el 19 de marzo de 1842: *Les resorces de Quinola*. Es el segundo fracaso. El dramaturgo de "Vautrin" confiesa en un prólogo —lo escribirá dolido y decepcionado— la dificultad que encuentra en el teatro, aún más que en la literatura. Y denuncia: "Ningún crítico ha hecho el análisis de la pieza". Eso sí, se le han formulado cien reparos, entre ellos algunos nimios como reprocharle que haya usado para el protagonista el título de Duque de Neptunado. Balzac protesta. "En España —declara espontáneamente— se encuentran títulos de nobleza que rememoran la circunstancia a que fueron debidos. El título de *la Pes*, por haber firmado el tratado de 1725. Un almirante toma el de *Transport Real*, por haber conducido al infante a Italia. Navarro toma el de la *Vittoria*, después del combate naval de Tolón, aun cuando la victoria fuese indecisa. Estos ejemplos y tantos otros son sobrepasados por el famoso ministro de hacienda, negociante advenedizo, que *prit le titre de marquis de Rien-en Soi (l'Ensenada)*". Balzac entiende, *pues, que ensenada* -en-se-nada- quiere decir *nada en sí*... No sorprenderá a nadie que con tan vastos conocimientos del castellano, el autor de "Eugenia Grandet" acertara muy relativamente en componer una obra "a la española". Con triste acento se lamenta, sin embargo, de que la crítica, benévola con cualquier *vaudevilliste*, no haya tenido con su obra más que un solo propósito: *l'enterrer*. En más de un siglo no hubo nadie capaz de exhumar a ese muerto. El autor manifiesta que "al producir su pieza se ha arrogado todas las libertades de los antiguos teatros francés y español". Podríamos asegurar que las libertades de los dos juntos. Pues "Los recursos de Quinola" no tienen límite. La trama es tan enrevesada que resulta imposible relatarla con detalle. El inventor del buque de vapor, Fontanares, hombre pobre, obtiene la protección de Felipe II para hacer su experimento; pero el Gran Inquisidor, el virrey de Cataluña, Don Fregose, y un pretendido sabio, Don Ramón, se oponen a la empresa. Además, una dama veneciana, de dudosa conducta, se enamora de él, y a un tiempo lo odia, porque el inventor desea casarse con María, rica heredera, cuyo padre se opone al idilio, pese a la convivencia de la dueña Doña López. Falto de recursos, víctima de la usura, asediado por sus acreedores —no podían faltar en una obra balzaciana—, ve que su máquina destruída, despedazada, es vendida como hierro viejo. La veneciana induce a María a ingresar en un convento, renunciando a la boda con Fontanares, pues con esa condición ella proporcionará dinero al joven inventor y podrá seducirlo con sus femeniles encantos. Por fin, el navío marcha *milagrosamente*, sin velas y sin remos, gracias a Quinola, criado de Fontanares y hombre de recursos, que ha copiado los planos y reconstruído, en secreto, la máquina de vapor. El experimento triunfa. Pero la gloria es atribuída —sin que se sepa por qué— al pretendido sabio Don Ramón, que "no sabe lo que es un binomio". Entonces, como María ha muerto de dolor sentimental, Fontanares ordena hundir el barco y huye a Francia con su enamorada veneciana y con su leal Quinola.

No faltan en la intriga ni las ocurrencias más inverosímiles, ni los disfraces más fantásticos, ni las afirmaciones más ingenuas. La "comedia a la española" tiene, según se advertirá, acción movida —cortada en cuadros—, revoltosa, antojadiza y caprichosa. Eran así, efectivamente, no pocas obras del Siglo de Oro. Mas le falta lo esencial: la humanidad y la poesía. La imaginación corre fuera de toda línea vital en personajes y sucesos. El diálogo se enreda en una prosa vulgar y tantas veces candorosa. Fontanares pone su invento, a la vez, bajo la enseñanza de Galileo y bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar. Claro, los buques de vapor debían esperar tres siglos para zarpar desde Barcelona... Balzac vio a varios de sus amigos silbar su comedia, "más injuriosos que críticos". Le compensaron los aplausos de Hugo, Lamartine, Mme. de Girardin, y ese fiel León Gozlan que, en su futura biografía, donde cuenta el fracaso de "Los recursos de Quinola", presentará al genio en *pantoufles*.

◇

Si aplauden los mejores —Balzac no quiere comprender cuánta generosidad hay en esas palmadas—, bien puede intentar al año siguiente otro de sus experimentos dramáticos, ya tan riesgosos como los del inexperto inventor Don Fontanares. Decididamente, España no se ha mostrado propicia. Esta vez piensa en Inglaterra, pero no en Shakespeare, modelo "inimitable", según Byron. Samuel Richardson había escrito, hacía un siglo, una novela que aún se leía con fervor, *Pamela, or Virtue Rewarded*. ¿Por qué no concebir una Pamela parisiense? La recompensa de la virtud era un tema que indudablemente gustaba al público. Por supuesto, deberían ser aminorados los contrastes. El orgulloso aristócrata inglés, Conde de Belfart, se convertiría en un muchacho de la clase media francesa, bien acomodada. La hija de campesinos, en una florista. No habría malos tratos ni persecuciones, mas sí un aparente sacrificio del honor y un feliz casamiento, compensador del amor puro y la virtud intachable. En fin, ya estaba hecha la comedia: *Pamela Giraud*. Su primera representación en el *Théâtre de la Gaîté*, el 26 de septiembre de 1843, pareció recompensar, también, la frágil virtud de Balzac como dramaturgo. Julio Rousseau —es la síntesis de la fábula— está comprometido en una conspiración para que Napoleón recobre el trono de Francia. Es detenido, preso, juzgado y será condenado probablemente a muerte. Su abogado, Dupré, propone a Pamela un medio de salvación: jurará ante el tribunal que Julio pasó con ella la noche en que se reunieron los complotados. La joven está ante un dilema terrible... Pierde su honor en el concepto de la sociedad o pierde la cabeza de su novio bajo la cuchilla de la guillotina. Le ofrecen dinero y ella rechaza esa corrupción. ¿Pero y el amor —le dice el abogado—, *mon enfant*? Y Pamela claudica heroicamente: *Eh bien... il est sauvé!* Julio es absuelto. Está libre, se casará con la hija del Conde de Verby, porque su enlace quedó comprometido. Entonces, el abogado amenaza con declarar ante los jueces el falso testimonio y, como cree abandonada y posiblemente condenada a Pamela, le ofrece matrimonio. Mas, ya que nos hemos aproximado a Inglaterra, digamos con Shakespeare: "Bien está lo que bien acaba". Todos consienten en la boda dichosa de Pamela y Julio: *Ma fille... embrassez votre mari!* Frase concluyente. Si bien hubo aplausos que agradeció el autor, Balzac seguía lejos de la "Comedia humana". Ahora ha compuesto una obra, que, especialmente, en el acto primero tiene toques de *vaudeville*, cuyos tonos oscilan entre lo cómico y lo sentimental, sin salir de lo más sencillo, en el curso de un diálogo vivo, natural y llano, donde no faltan, sin embargo, algunas intenciones críticas en boca del abogado Dupré. "Vivimos en un siglo —dice en el segundo acto— en que el inocente es tan ávido como quien lo explota". Y en la quinta jornada: "El dinero, la ambición,...este es el móvil. ¡Los sentimientos no cuentan para nada! Todos dan vueltas en torno al becerro de oro". Balzac ha trazado una protagonista, un galán, un protector de perfiles gratos y una conclusión venturosa, para halagar a los espectadores. Pero, observando mejor, se advierte que allí todo es trampa, todo juega alrededor de embustes y el mayor es el falso testimonio ante los magistrados, del que depende la salvación de Julio y sus compañeros de conspiración, a quienes éste no ha delatado. La "virtud" de Pamela queda a salvo y es recompensada, mas, eso sí, por medios dudosos que justificarán el fin... feliz. Este final comprende la percepción de algunos derechos de autor —propósito muy evidente—, pues Balzac condena al becerro dorado, pero ¿qué hacer, acribillado de deudas, sin ese maldito *veau d'or?* ±

Premio Literario del Centenario de LA NACION

novela inédita

$ 1.000.000

El jurado

Los originales serán considerados por el jurado permanente, que integran Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Carmen Gándara, Eduardo Mallea y Leonidas de Vedia.

Disposiciones

1) El Premio Literario del Centenario de LA NACION será otorgado a la mejor novela inédita. El tema es libre.

2) Podrán intervenir en el concurso escritores radicados en cualquier país. Las obras deberán estar escritas en castellano.

3) **El plazo de admisión de los trabajos terminará el 4 de enero de 1970, día en que LA NACION cumple su centenario.**

4) La decisión del jurado se dará a conocer el 15 de octubre del año próximo, fecha de la publicación —en 1847— de la obra "Soledad", de Mitre, como permanente homenaje a su memoria.

5) El premio —un millón de pesos— será entregado en LA NACION en el curso del mes de noviembre del año próximo.

6) El premio podrá ser declarado desierto, y en ese caso el importe se destinará a otro premio del año siguiente.

7) LA NACION se reserva el derecho de publicar en el diario, total o parcialmente, el trabajo premiado, en un plazo que no excederá de los diez meses desde la adjudicación del premio, y en ese período el autor no podrá hacer uso de la obra presentada y premiada en este concurso.

8) Los originales deberán ser firmados con seudónimo, y en sobre aparte, cerrado y lacrado, se consignarán el nombre y el domicilio del autor, la ciudad en que reside y el país. En la parte exterior del sobre que contenga estos datos se escribirá el seudónimo solamente. Es indispensable dar fiel cumplimiento a estas disposiciones.

9) Las obras deberán ser enviadas en cinco copias a máquina y escritas en una sola cara del papel a dos espacios, a nombre de "Premio Literario del Centenario de LA NACION". San Martín 344, Buenos Aires, República Argentina.

10) Los trabajos no premiados y los respectivos sobres podrán ser retirados por los autores dentro de los 90 días de conocido el fallo. Después no habrá derecho a reclamación.

Europa para los europeos

"Desafío y Respuesta (Un programa para Europa)"

Por Franz Josef Strauss

(Losada)

EUROPA es —además de lo que todos sabemos— un problema para los europeos y para el mundo. Los europeos se han propuesto encontrar una solución que elimine ese problema que amenaza convertirse en crónico. "Il n'y a plus que des Européens", escribió en el siglo XIX Rousseau. O sea que el mundo no existía fuera de Europa. Un siglo y pico después los europeos saben que el mundo escribe su historia lejos de Europa y aun de espaldas a su pensamiento y a sus intereses. La última guerra —no es necesario recordar todas las demás— la ganaron los ingleses, los rusos y los norteamericanos. Veinticinco años después sabemos —y también lo saben los europeos— que los únicos gananciosos son los norteamericanos y los rusos. Los ingleses han terminado por perder la batalla fundamental de su historia: ganaron la guerra y perdieron el Imperio. Evitaron la invasión de sus islas y tonificaron, con su heroísmo y su valor, el espíritu de toda la humanidad para luchar contra el nazi-fascismo. Pero esto ya parece pertenecer a un pasado tan remoto como la guerra de Troya. "Ahora existen nada más que dos verdaderas potencias grandes: los Estados Unidos y la Unión Soviética."

Esto lo dice Franz Josef Strauss —actual ministro de Finanzas de la Alemania Federal—, un europeo arraigado histórica y humanamente en el continente y enamorado de la idea de una Europa poderosa y capaz de contener el aluvión soviético (cuando se produzca) y de dialogar en un pie de igualdad con los norteamericanos. Este es el espíritu del autor de Desafío y Respuesta (Un programa para Europa). Leer este libro equivale a comprender de pronto que el mundo actual existe debatiéndose en una tirantez constante entre dos colosos, con Europa en su interior como un tema de apasionante actualidad. Entre cifras de misiles y de fuerzas de alcance extracontinentales, Europa quiere demostrar su voluntad de vivir con pasión creadora y con un papel de igualdad rectora con las dos superpotencias mundiales.

"Si los europeos no comprenden pronto que deben encontrar una respuesta común de dimensiones históricas al desafío que sufren, Europa perderá definitivamente la posibilidad de un futuro como potencia más o menos autosuficiente." Hasta ahora los europeos no han hecho más que expresar brillantes teorías en torno del destino de su continente y del contenido de la civilización que dio al mundo. Es preciso ver la realidad europea con ojos nuevos. Esto es lo que viene a recomendar Strauss a los europeos, a quienes —sin demagogia de su parte— está dispuesto a considerar como compatriotas. El lenguaje de Strauss es cauto, medido, adecuado a una mentalidad constructiva capaz de comprender que el ser alemán no es una condición excluyente que impide extender la nacionalidad hasta abarcar todo el continente.

Vivir para presenciar el ocaso de un mundo que se destroza periódicamente en "guerras civiles" —así llama Strauss a las guerras europeas— resulta doloroso y paradójico. El político y tratadista alemán recuerda constantemente a los europeos su destino histórico, y no comprende por qué los europeos siguen debatiéndose entre las dos grandes potencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial sin comprender el peligro que esto significa. "Las relaciones entre Washington y Moscú no serán fijadas por la existencia cooperativa sino por la confrontación conflictiva, de modo que

Franz Josef Strauss

arreglos técnicos sobre armamentos entre los dos gigantes se harían, casi forzosamente, a expensas de nuestro continente." Esta visión realista —y también pesimista— de la disputa entre los Estados Unidos y la Unión Soviética lleva al ánimo de los europeos responsables ideas radicales hacia su destino. El exponerlas con valor y sinceridad, sin inhibiciones ni prejuicios, es uno de los muchos méritos que tiene este Desafío y Respuesta.

La obra de Strauss viene precedida de un prólogo de J.-J. Servan-Schreiber, director del semanario "L'Express" de París y autor de un "best-seller" internacional: "Le défi Americain". A este desafío da respuesta el estadista alemán con una carga poderosa de ideas creadoras y fecundas. El prologuista reconoce lo siguiente: "Que el señor Strauss nos haya inducido a pensar y a abrir el diálogo sobre estos problemas fundamentales, sin anteojeras nacionalistas, nos obliga a agradecerle". Servan-Schreiber (sin anteojeras nacionalistas) demostró en su libro cómo Europa, por incapacidad de sus dirigentes, se dejaba "invadir" —especialmente en el campo económico— por las grandes empresas norteamericanas. Strauss demuestra (sin anteojeras nacionalistas) cómo Europa puede salir de la actual situación y encontrarse con la totalidad (no lo totalitario) de sus energías en una integración que planee por encima de las patrias con fronteras de recelos y odios seculares. El minstro de Finanzas de la República Federal sostiene que Europa padece una especie de "resignación" frente al empuje vital de potencias extraeuropeas que la abruman con su poderío bélico y su balanceo y contrabalanceo en escala universal. "¿Es Europa nada más que un pasado de la historia y de la memoria orgullosa y arrepentida?"

Estas y otras muchas preguntas tienen en la pluma de Strauss respuestas sujetas al pensamiento vigilante de un hombre que escribe para construir un mundo y no para destruir el actual. Europa no debe renunciar a nada para dar el salto histórico que la coloque en el juego internacional con las ventajas de su gran riqueza histórica y sus creaciones en el mundo de la cultura y de la civilización. Strauss se muestra aquí economista, sociólogo, filósofo, historiador, y, por encima de todo, un hombre de Estado con una mentalidad dinámica capaz de estructurar una Europa nueva con espíritu nuevo. ≠

José Blanco Amor

Vida literaria

EN versión francesa acaban de aparecer en París tres novelas de escritores argentinos: Une lumière très lointaine, *de Daniel Moyano, traducción de J.-F. Reille (Gallimard);* La trahison de Rita Hayworth, *de Manuel Puig, traducción de Laure Guille-Bataillon, editada también por Gallimard; y* Celle qui voyage la nuit, *de Héctor Bianciotti, en versión de Françoise-Marie Rosset, con el sello de Denoël.*

◇

Se ha publicado en Varsovia la segunda edición de Sobre héroes y tumbas, *de Ernesto Sábato, traducida por Helena Czajka. La primera data de 1967.* The American Publishing Co. *ha editado un libro sobre la vida y la obra de Sábato, escrito por la profesora Angela Dellepiane. Es un volumen de 358 páginas. La misma casa prepara una edicíón en castellano de* El túnel, *con anotaciones y prólogo en inglés para los alumnos de literatura española de universidades norteamericanas. Otra obra sobre Sábato se difundirá próximamente en inglés con el sello de Twayne. Se trata de un trabajo compuesto por el profesor H. D. Onerhelman.*

◇

El Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, acaba de editar en la colección de poesía Leopoldo Panero el libro Para vivir, para morir, *de Horacio Armani, obra finalista, en 1967, del concurso que lleva el título de la colección.*

◇

Qué es la filosofía de la historia *es el libro de Jorge M. García Venturini, que la colección Esquemas de Columba presentará en breve.*

◇

María Mombrú, escritora argentina que se encuentra actualmente en España, está preparando una antología comentada de la nueva poesía española, nueva en el sentido de renovadora en tema o forma.

◇

Al final de la calle Esperanza *es la nueva novela de Teresa Gondra que aparecerá editada por Rueda. Refleja, dentro del ámbito de una familia de clase media intelectual, las consecuencias de una educación en la que han pesado diversos tabúes. "No hay desesperación en la obra —dice la autora—. Todo lo contrario. Hay como una esperanza optimista en esa ventana que parece abrirse hacia horizontes desconocidos e ilimitados."*

◇

Con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes se publicará Los colores del mundo (del Himalaya al Iberá), *de Clarisa Muniagurria Minoli.*

◇

Con el patrocinio de la Dirección de Cultura de Córdoba, Amanda Cabrera está organizando la Primera Exposición del Libro de Córdoba, que se efectuará durante el mes de julio en la delegación oficial de esa provincia en Buenos Aires, Callao 332.

◇

De Victoria Pueyrredón aparecerán en breve la tercera edición de Poema de soledad *y la segunda de* Coplas para ti *(que incluye las composiciones de un libro de hace veinticinco años, más otras nuevas). Ambos llevarán el sello de Emecé.*

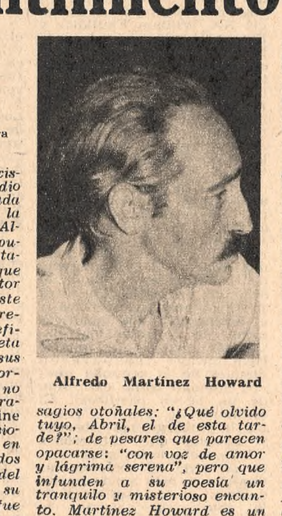
El sentimiento lírico

"Antología"

Por Alfredo Martínez Howard

(Fundación Argentina para la Poesía)

ES destacable que exista en nuestro medio una entidad dedicada a los altos fines de la promoción poética. De Alfredo Martínez Howard publica ahora una representativa muestra de su obra, que seleccionó el propio autor poco antes de morir. De este modo, el casi escondido —recatado— silencio que prefirió mantener el fino poeta entrerriano alrededor de sus versos, servirá en esta oportunidad a aquellos que no lo conocieron para la valoración de un ser atento, sine die, a las diversas expresiones del espíritu, que fue en él ventana abierta a todos los reclamos del corazón del hombre. Por su tono y su íntima actitud vivencial, fue un neorromántico, aunque a partir de "Presencia por el aire", 1944, entró decididamente en una etapa de personales hallazgos, despojado de "huellas eventuales: modernismo, ultraísmo", como bien señala Carlos Mastronardi en su medular introducción a las páginas de esta antología. Atenúanse también, después de este libro, sus inefables enunciaciones juveniles: azucenas, delantales, palomas, cometas y otras "azulidades" inmanentes al poeta, y que sustantivaron las preferencias de su lirismo inicial: "No aprendes a dividir / pero ya sabes amar. Trece años que ensayan curvas. / Quince las corregirán". El amor es uno de los alicientes activos de su obra; un amor demorado en presagios otoñales: "¿Qué olvido tuyo, Abril, el de esta tarde?"; de pesares que parecen opacarse: "con voz de amor y lágrima serena", pero que infunden a su poesía un tranquilo y misterioso encanto. Martínez Howard es un elegíaco puro que a medida que avanza en años, adensa la delicadeza de su transimiento emocional: "Ella cruzó estas tardes conversadas de pájaros"; "camino de la tarde la encuentra mi recuerdo"; versos que nos traen una remota y feliz memoración de "Luz de Provincia". Los poemas de "La Heredad", 1958, evolucionan hacia una madurez proclive al panteísmo, que se entremezcla por momentos, a una toma de conciencia casi religiosa de la vida, como deja traducir la destacable composición titulada "Temblar, oculta sed"; sin embargo, otras de las palabras cifras de sus inicios: rosas, fábulas, ángeles, jardines, así como las imágenes acrisoladas de secretas y cándidas memoraciones, persisten, pero transportadas a ámbitos de mayores decantamientos: "¿Qué te ha tomado música? ¿Qué manos han rozado / tus cordajes, Abril, tus tensas alamedas?". En "Libro de Ausencias y de Adioses", 1963, reabre la vigencia de su canto a impulsos amplios, hasta rehuir las ataduras formales. Aunque existe un inseparable ritmo interno, el poeta se ha apartado de la rima, que en su voz aun siendo consonantada, signa la velatura de una sugestión dejativa, apenas insinuada y como anhelosa de aprehender el misterio de una intemporalidad sutil y ávida de eternidad. En la poemática de la colección final —"Eco y Espejo" (inédito)—, retoma una serena y nueva revelación del amor, pero ya con presagios de un más allá inminente e inocultable: "Tú estarás en la vida, yo sólo en las imágenes que iluminan el infierno. / Pero accedamos a una misma lágrima"; y, acaso, con más acentuada premonición: "Todo reune. Dios está callado, pero el arsénico y la rosa de la vida, reunen. Esa alegría turbia que tal vez determine la muerte". Como certeramente afirma Mastronardi: Martínez Howard "...que en horas de festiva bohemia supo de claros jardines, donde más de una vez «ha visto desnuda a Anadiomena», experimenta ahora la nostalgia que sigue a todas las despedidas".



Alfredo Martínez Howard

"La rosa desnuda" y lacerada de este especular y nostálgico poeta prolonga la fluencia diáfana de una voz cuyo acento recupera y acrece para sí atributos entrañables del grupo del "40", hito generacional que es ya patrimonio de la historia de nuestra lírica. ≠

David Martínez

Homenaje a Rossini

EL nuevo número de la revista Ars, *una de las publicaciones periódicas más calificadas en nuestro medio, está dedicado a Rossini con motivo de haberse cumplido el año pasado, con exactitud (el 13 de noviembre), el primer centenario de su muerte, acaecida en París. Jean-Louis Caussou, en un libro dedicado al músico italiano (*Gioachino Rossini, *Editions Seghers, París, 1967), al reconocer que pocos hombres han alcanzado renombre tan grande, añade que, sin embargo, Rossini "reste les plus secret". "Pocos testimonios auténticos hay que permitan verdaderamente decir lo que fue. Pocas obras sobre él, incluso en Italia. En Francia, tres o cuatro libros se señalan. Nada más. Nada muy preciso, pocas certidumbres. Rossini no revelará jamás su secreto. Cuando el pudor se esconde bajo la malicia no puede ser de otro modo."*

Hoy sigue brillando en una fama sin disminuciones, avivada por la exhumación de obras que habían quedado olvidadas en beneficio de otras, celebérrimas, y al apreciarse ahora confirman la excelencia de ese genio que sus contemporáneos tanto adoraron. Y sin embargo hay incógnitas —el largo silencio que siguió a la creación de Guillermo Tell *y concluyó con la muerte, por ejemplo— que no se han aclarado satisfactoriamente.*

Juan Francisco Giacobbe, en el largo estudio que le dedica, comienza afirmando que el siglo XIX puede condensarse musicalmente en dos figuras antitéticas que se reparten esa centuria: en la primera parte de ella, Rossini; en la segunda, Wagner, ninguno de los cuales, no obstante, pertenece espiritualmente a su tiempo. Luego de esta oposición señala la afinidad del compositor con su paisano Rafael Sanzio. Uno y otro, a tanta distancia, dan la tónica del carácter de las Marcas, "ese sentido de la armonía de contenido y forma, ese sentido de perfección en el discurso artístico tan propio del arte rafaelesco" y tan propio de esa provincia.

Sigue al músico desde sus comienzos, vinculados estrechamente con los telones y los bastidores de los teatros. El desordenado estudiante, el amador y su alegría de vivir; el músico en el que pronto se van a poner de acuerdo revolución y tradición; el descubrimiento de Haydn y Mozart, en los que halla —dice Giacobbe— lo que "por ley de continuidad ya le es propio". La mención de unas sonatas para cuerdas compuestas a los doce años sirve al musicólogo para señalar la pujanza de la personalidad rossiniana a edad tan temprana. Pero aun cuando resultaran escritas en fecha posterior no hay duda de que ellas, incluso, se adelantan a su época anunciando a Chopin, a Liszt y a la vanguardia de nuestro siglo.

La relación de Rossini con la ópera napolitana es otro de los temas que aborda Giacobbe. Subraya el dominio de los aspectos serio y jocoso del drama, su maestría en la ciencia y el arte del canto y concluye refirmando la proyección hacia el futuro de la música de Rossini: "En esa amplitud de finalidades y en esa aspiración de la música hacia lo abstracto, Rossini se adentraba en la estética de nuestro siglo".

El estudio de Giacobbe constituye el único aporte escrito al homenaje de este número de Ars, *que se integra con una completa e interesantísima serie de ilustraciones, con amplios epígrafes que van reconstruyendo los aspectos principales de la vida del gran músico. La entrega contiene, además, "Consideraciones de la fotografía en sus inicios", de Lo Duca, y "Enigmas y visiones de la isla de Pascua", de Ernesto B. Rodríguez.* ≠

Rossini en su juventud

Otros títulos

"Política de inversiones en la industria", por **Giovanni Hinterhuber.**

"El propósito de este libro —señala el autor de esta importante obra— es proveer, en el campo del conocimiento, límite entre la técnica y la economía, una descripción sistemática de los problemas inherentes a la determinación y a la actuación de la política de las inversiones, es decir, de la elección racional, coherente en la realización del fin empresarial a largo plazo, de las inversiones, con vistas al óptimo empleo del capital disponible en la empresa industrial" (343 págs. Fondo de Cultura Económica. México).

"Lugones"

Editado por la Secretaría del Ministerio de Educación y Cultura de la provincia de Córdoba, el número inicial de esta revista, excelentemente impresa e ilustrada, permite vaticinarle un auspicioso futuro. La entrega, de 206 págs., contiene artículos de Manuel Gonzalo Casas, Gaspar Pio del Corro, Alfredo Terzaga, José A. Guzmán, Lila Perren de Velasco, Nimio de Anquin, Federico Peltzer y Angel Mazzei, así como cuentos, notas, críticas y poemas. El temario abarca bellas artes, literatura, filosofía, sociología, pedagogía e historia. Un esfuerzo ponderable y digno que dirige Alberto Díaz Bagú.

"De ahora en adelante", por **Bernardo Kordon.**

A 16 años de su aparición, se reedita esta novela que narra el reencuentro de seres que evocan una amistad, la imposibilidad de un pintor frustrado para entregarse a quienes lo aman. En ella se hallará la buena descripción de caracteres y ambientes que distinguen al autor (161 págs. Sudestada).

"Mi reino", por **Angela Cassanello.**

Un intenso sentimiento de amor filial preside estos poemas en prosa, donde la evocación tierna y dolorosa al mismo tiempo es constante. Dentro de una expresión sencilla y sin rebuscamientos, la autora logra definir el retrato idealizado del padre y sugerir la tristeza de su ausencia. (41 págs. Ed. de la autora).

"El problema científico de los Ovni", por **Oscar A. Uriondo.**

El autor expone en esta obra los principales datos recogidos sobre los fenómenos aéreos a que se refiere el título, y luego analiza y evalúa los testimonios, estudia su validez y señala conclusiones acerca de tan debatido tema (174 págs. Plus Ultra).

"Milagros de Nuestra Señora", por **Gonzalo de Berceo.**

El clásico texto de la poesía medieval española aparece en una edición para estudiantes que lleva prólogo de B. Ayala Gauna y se cierra con un vocabulario explicado (187 páginas. Huemul).

"El libro de los gordos", por **Rodolfo Q. Pasqualini.**

El autor, conocido endocrinólogo, ha escrito esta obra para el público no especializado en cuestiones médicas. Por eso su lectura es amena, clara y sumamente interesante, sin que sufra por ello el rigor científico. A diez años de aparecida la primera edición, esta segunda introduce algunas mejoras y será seguramente de suma utilidad para aquellos preocupados por el problema de su peso. Una serie de recetas y tablas completan el atractivo texto (281 págs. El Ateneo).

"El audiovisualismo en la enseñanza de las lenguas extranjeras", por **Adriana Gandolfo.**

La aplicación de los medios audiovisuales en la enseñanza de idiomas ha revolucionado los sistemas aplicados hasta ahora. La autora, una experta en la materia, presenta un útil tratado para los profesores, especialmente dedicado a la enseñanza para niños. Una detallada bibliografía completa el volumen (166 págs. Guadalupe).

"La pintura al fresco", por **Carlos A. Aschero.**

Este manual consta de dos partes: una abarca una síntesis histórica de la pintura al fresco; la otra, la técnica que se emplea. El autor, con claro método expositivo, ha logrado una útil obra para quienes se interesan por el tema, complementada con gran cantidad de dibujos y reproducciones en blanco y negro y en color (94 págs. Centro Editor de América Latina. Las técnicas de las artes visuales).

ACABA DE APARECER

CARLOS ESCRIBANO

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales

MEDIDAS PRECAUTORIAS EN JUICIO DE DIVORCIO Y SEPARACION DE BIENES

2a. edición actualizada de acuerdo a la Ley 17.711

- Oportunidad y límites de las trabas
- Marido y mujer actores
- Bienes propios y gananciales
- Medidas en particular
- Cuestiones procesales
- Venta y uso de los bienes asegurados
- Levantamiento, reducción y sustitución
- Acciones reparadoras: simulación, fraude y subrogación

1 Tomo Rúst. $ 1.200 Encuad. $ 1.800

ABELEDO - PERROT

"ESPECIALIZARSE ES UNA GARANTIA"

M. T. de Alvear 1535 Tel. 42-8578 — Lavalle 1280 Tel. 35-2848 — Azcuénaga 1846 Tel. 83-5591

Local en la Facultad de Derecho Y NUEVAMENTE EN LAVALLE 1328 Tel. 40-6126

LIBROS DE TEXTO

EN INGLES

EL MEJOR SURTIDO

LIBRERIA RODRIGUEZ

GALERIA PACIFICO

FLORIDA 753 - Tel. 32-4781

Local 15

EDITORIAL TALIA

EL CASO SCHREKER

Por Haidy - Bures

Con fotos e ilustraciones musicales y 155 pág. Precio del ejemplar $ 350. En venta en casas de música, librerías y

Edit. Talía

Lavalle 1282 — Bs. As.

MAYO EN EMECÉ

LA AVENTURA DE UN POBRE CRISTIANO
Ignazio Silone
El libro que ha causado conmoción en el mundo. La novelesca historia de Celestino V, el único Papa que abdicó, cobra actualidad al conjuro de una extraña analogía en las situaciones.
Colección Grandes Novelistas

CARTA ABIERTA A UNA JOVEN SUICIDA
Gilbert Cesbron
¿Porqué puede llegar al suicidio una joven de veinte años?
Un alegato contra la crueldad de esta época y una mirada esperanzada sobre la juventud.
Colección Cartas Abiertas

EL HIJO RECHAZADO
Manuel Peyrou
Un dirigente de empresa, que es a la vez un triunfador, y el infranqueable vacío de su vida sentimental.
Colección Novelistas Argentinos

EL MITO DE LA MAQUINA
Lewis Mumford
La erudición del autor de "La carretera y la ciudad", se vuelca sobre la interpretación objetiva de un tema cada vez más en auge: la tecnología.
Colección Obras Notables

ANNE LA DE LA ISLA
L. M. Montgomery
Toda la frescura y autenticidad del personaje que asomara en "Anne la de tejados verdes".
Colección Piragua

PRESUNTAMENTE VIOLENTO
James Hadley Chase
La muerte desciende rápidamente sobre quienes están empeñados en obtener la fórmula ZCX.
Colección "El Séptimo Círculo"

LAS TRAMPAS DEL DESTINO
Marcel Aymé
Una aguda pintura de una juventud sin principios y de los mayores que no les van en zaga.
Colección La Quimera

UNA EXTRAÑA SENSACION
Kingsley Amis
El ser humano es siempre el mismo, con sus mediocridades y grandezas.
Colección La Quimera

ENSAYO SOBRE LA SINTESIS DE LA FORMA
Christopher Alexander
Uno de los libros contemporáneos más importantes sobre lo que es el diseño y de como enfocarlo acertadamente.
Ediciones Infinito

INSTRUMENTOS RELATIVOS A LA INTEGRACION DE AMERICA LATINA
Un documento indispensable para los estudiosos de los problemas de la integración regional en el continente.
Instituto para la Integración de América Latina

Reimpresiones

EL AVION PRESIDENCIAL HA DESAPARECIDO - R. J. Serling (2da. edición), 1ª edición agotada en pocos días.
AEROPUERTO - A. Hailey (7ma. edición). 45.000 ejemplares.
HOTEL - A. Hailey (6ta. edición). 25.000 ejemplares.
CUENTOS FANTASTICOS ARGENTINOS - N. Cócaro (3ª edición), nueva edición actualizada.
NUEVA ANTOLOGIA PERSONAL - Jorge Luis Borges (2da. edición).
EL HOMBRE QUE QUERIA A SU MUJER - Vera Caspary (3ª edición).

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

EMECÉ EDITORES

ALSINA 2041 T. E. 48-6043

"UN POSIBLE AVANCE TRIUNFAL DE LA ARGENTINA"

Por PIO NIRO

200 $ m/n., en Cangallo 2267 y otras librerías. Al interior, franqueo certificado sin cargo; pedido y giro postal a Héctor Gatti, Monte 1474, Bs. Aires

"El plan del Sr. Niro es de una encantadora sencillez", dijo años atrás en LA NACION un comentarista. En efecto, aparte de ser autofinanciable, se desarrolla con la naturalidad de un proceso vital metodizado. Entresacamos:

"Elegido un terreno apto, el Ente provincial le dirá al pueblo argentino: «Aquí se va a levantar una bella ciudad, rodeada de quintas, granjas, chacras, bosques, estancias... Queremos que la coordinación urbano-rural surja, porque vemos su conveniencia, su necesidad, y sabemos cómo iniciarla, cómo desarrollarla. Tenemos un plan basado en abundantes experiencias y en las aspiraciones y capacidades del hombre actual...»

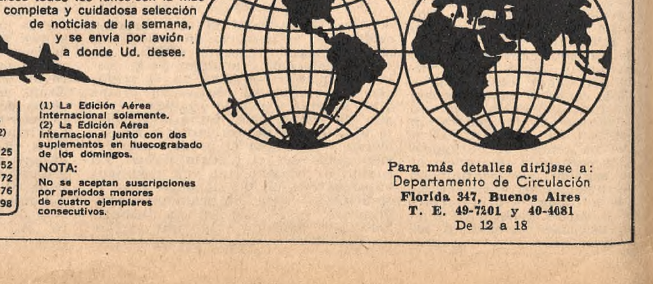
"Estamos en una era mundial de realizaciones grandes, osadas, rápidas. ¡Pongámonos a tono! (...) El primer paso consistirá en abrir registros provinciales de las tierras disponibles y adecuadas, que pondrán en evidencia cuán grandes son las posibilidades que están en espera de gobernantes con visión, con voluntad, con empuje propulsor. (...) Cuando en varias provincias a la vez los gobiernos hagan surgir ciudades llenas de atractivos, diversamente planeadas por talentos que ya no pensarán en expatriarse; cuando las personas que sobran en Buenos Aires contemplen al fin las soñadas perspectivas de mejoramiento y se disputen la admisión en esas villas; cuando los diarios, el cine y la televisión compitan en satisfacer el vivo interés del público por los modernos desarrollos urbano-rurales... entonces habremos encendido el entusiasmo nuevo que la presente realidad exige."

Las noticias ARGENTINAS vuelan a todo el mundo

EDICION AEREA INTERNACIONAL DE LA NACION

Tarifa de suscripciones

Suscríbase y suscriba a sus amigos y familiares a la Edición Aérea Internacional de LA NACION. Aparece todos los lunes con la más completa y cuidadosa selección de noticias de la semana, y se envía por avión a donde Ud. desee.



PRECIO DEL EJEMPLAR	Argentinos (1)	Argentinos (2)	Dólares (1)	Dólares (2)
Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Perú	50.—	85.—	0,14	0,25
Otro países de América	80.—	180.—	0,23	0,52
España	100.—	250.—	0,29	0,72
Otros países de Europa	110.—	265.—	0,32	0,76
Africa, Asia y Oceanía	130.—	340.—	0,38	0,98

(1) La Edición Aérea Internacional solamente.
(2) La Edición Aérea Internacional junto con dos suplementos en huecograbado de los domingos.

NOTA:
No se aceptan suscripciones por períodos menores de cuatro ejemplares consecutivos.

Para más detalles diríjase a: Departamento de Circulación Florida 347, Buenos Aires T. E. 49-7201 y 40-4681 De 12 a 18

Libros recientes

"El barroco literario hispánico"

Por Emilio Carilla

(Nova)

Durante largo tiempo, Emilio Carilla se ha dedicado al estudio del barroco. Diecinueve trabajos que tratan el tema o cuestiones tangenciales expresan claramente su asiduidad y el provecho de su investigación prolongada. Hace más de veinte años, "El gongorismo en América" indicó el rumbo de su labor constante; de algún modo, la contribución recién publicada significa "la síntesis final y el sedimento" de su trayectoria pródiga de estudios y lecturas. Consecuente con ella, Carilla se detiene para examinar los caracteres esenciales del arte barroco (sobre todo del barroco literario hispánico) de acuerdo con los siguientes aspectos: la contención (y alarde dentro de la contención); la oposición y la antítesis; lo embellecido (más que lo bello) y, como forma particular, la tendencia a la fusión o aproximación de diferentes artes; la individualización de lo feo y lo grotesco; el desengaño (dentro de límites humanos) y la trascendencia de ideales religiosos. A cada uno de ellos dedica un capítulo donde fundamenta con información minuciosa las conclusiones. Meditado aporte a un momento largamente controvertido —como Carilla registra en la parte primera—, su utilidad didáctica es visible y confirma también la habitual eficacia de la obra del autor.

"La política exterior argentina 1870-1920"

Por Roberto Etchepareborda

(Universidad Nacional de Córdoba)

Sugiere el autor de este trabajo una renovación en los criterios para interpretar el sentido de la política exterior del país, basados en las nuevas tendencias de la investigación que atienden ahora, no sólo a las limitaciones excluyentes de la historia diplomática —es decir, de las relaciones entre los gobiernos y las minuciosas tramitaciones de las cancillerías—, sino a otros conceptos ineludibles que tienen como objetivo fundamentalísimo, el movimiento material y espiritual del conjunto de las sociedades humanas, y, naturalmente, las vinculaciones entre los pueblos. Etchepareborda ensaya una aplicación de estas ideas, eligiendo un período clave de nuestro pasado que se extiende entre 1870 y 1920, durante el cual, anota, se "moldea la realidad argentina actual"; propone una crítica de los factores negativos que incidieron en la diplomacia nacional en ese lapso —una visión aldeana de la circunstancia, la despreocupación popular, la influencia de la masa inmigratoria, la pasión y los enfrentamientos personales, entre otros—, y enfoca su estudio tomando como punto de referencia los acontecimientos capitales que nutrieron la conducta internacional de la República: las tensiones argentino-brasileñas; los conflictos de límites con Chile; los entretelones y orígenes del Pacto de Mayo; el acuerdo del "A.B.C.", y la primera guerra mundial. Su contribución al examen de estas cuestiones, y no obstante su brevedad, es provechosa, sobre todo cuando se trata de poner de relieve con precisión el papel que el proceso reservó a quienes tuvieron a su cargo, en cada caso, la orientación y el cumplimiento de las directivas gubernamentales.

"La acuarela"

Por Juan C. Castagnino

(Centro Editor de América Latina)

Para la colección "Las técnicas de las artes visuales", integrada por pequeños manuales, el pintor Juan C. Castagnino ha escrito un claro y didáctico opúsculo en el cual desarrolla sus conocimientos —que son muchos— sobre el arte de la acuarela, arte antiquísimo, que ya los egipcios utilizaron para ilustrar los "libros de los muertos", y que hoy tiene nuevos atractivos para los artistas gracias a las deliciosas sugestiones de Klee, y muy especialmente de Nolde y de Kandinsky. Señala el autor las diferencias que existen entre el procedimiento de la acuarela y el de otras técnicas parecidas, que de ningún modo logran lo que aquélla para traducir los conceptos sensoriales sobre la luz y la descomposición de los elementos cromáticos. Va enumerando la producción de los distintos artistas que se manejaron hábilmente en este difícil campo de la pintura, reseña diversos preceptos y pasa luego de esa síntesis histórica a un planteo técnico de la especialidad, señalando los materiales necesarios y la actividad del pretendiente a acuarelista para cumplir con sus propósitos, aludiendo a las analogías y diferencias existentes en las técnicas al agua. Completa el todo una nutrida bibliografía. El manual muestra a un consumado conocedor de la actividad, como que él mismo la ha utilizado para mostrar su arte flúido al pintar directamente sobre papel húmedo, eliminando de este modo la rigidez de trazos, tan frecuente anteriormente.

"El pensamiento de Husserl"

Por Ludovic Robberechts

(Fondo de Cultura Económica)

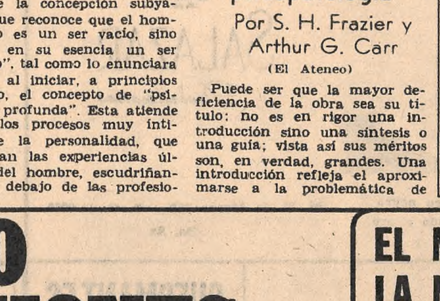
Dos encantos atraerán al lector de este libro: su problemática actual, al desarrollar el sistema, y, luego, en segundo lugar, muy conexo al primero, la secuencia lógica que unifica los diversos temas. Vislumbramos genéricamente lo que el autor tendrá que decirnos sobre la razón y la filosofía, después de informarnos sobre lo que piensa referente al tiempo y al cuerpo. Pero no queda claro si el conjunto, la mutua ordenación y, sobre todo, la definición que ofrece de cada uno de los temas estudiados pertenecen realmente a Husserl. Y, por lo tanto, cabe preguntar hasta qué punto el título que encabeza el volumen está justificado. En parte, Robberechts nos sale al paso ante esta posible objeción al asegurarnos que "el último período de Husserl es el más interesante, el más revolucionario". Superaría la oposición entre idealismo y realismo, iniciaría una nueva era filosófica e inauguraría el porvenir. Sin embargo, es legítima la incertidumbre de si los desarrollos ofrecidos son genuinamente husserlianos, o intuiciones desarrolladas, no siempre con fidelidad al expositor original, por Heidegger, Merleau-Ponty y De Waelhens, sobre todo del segundo. Si filosofía es, como define, "la expresión a la vez reflexiva e interrogativa de la razón" (sería bueno, para ser fiel al contexto, agregar "histórica"), Robberechts cumple su cometido dentro de las preferencias, limitaciones y selecciones a que está sometido e inclinado todo pensador. Con estas salvedades, su lectura es provechosa, instructiva y agradable.

"La cuestión del Estrecho de Magallanes"

Por Mariano A. Pelliza

(Eudeba)

La circunstancia de haber desempeñado desde 1880 hasta 1902 —fecha de su desaparición— la subsecretaría de nuestra Cancillería, aportando su reconocida experiencia a cinco presidentes de la República, realza los méritos de esta revisión de las relaciones diplomáticas argentino-chilenas al desbordar, con mucho, el contenido que induce a suponer el título del libro. Es que si bien se estudian en él las disputas limítrofes entre las dos naciones, desde su origen hasta 1881, acaso su autor se propuso, en un principio —tal la atinada opinión del prologuista del trabajo, Gustavo Ferrari—, restringir el pleito con Chile a sus fases primigenias, es decir, los litigios por el Estrecho; pero las derivaciones de la cuestión, y la proliferación de las posteriores pretensiones trasandinas, alentadas en distintas épocas y oportunidades históricas, forzaron, sin duda, a Pelliza a encarar el análisis de la totalidad del problema y de sus consecuencias hasta el tratado de 1881, cuya importancia destaca, desde luego, en su momento. De tal modo, sus capítulos constituyen un trascendente testimonio, porque exhiben las alternativas de un proceso que proyecta hasta hoy los perfiles de la controversia; porque ponen de manifiesto la conducta seguida en la emergencia por los dirigentes de los dos países, y, sobre todo, porque compulsan una valiosa serie de documentos diplomáticos y trabajos especializados de autores, tanto nacionales como chilenos, que obligan a atribuir a esta obra el carácter de un imprescindible auxiliar para adentrarse en los vericuetos de la política internacional argentina.



"La milicia literaria"

Por Héctor P. Agosti

(Sílaba)

Componen este libro numerosos trabajos de índole crítica, publicados por el autor en diarios y revistas durante un período que abarca más de un cuarto de siglo de activa dedicación a las letras. La coherencia del volumen, en el que están representadas, aunque de manera muy esquemática, las diversas etapas de la labor de Agosti, se impone en virtud de una sostenida militancia que lo lleva a indagar en toda creación literaria la realidad social que la sustenta. Comienza Agosti situando la función de la crítica en nuestro medio literario con palabras que, emitidas al filo de la década del 40, resultan un tanto inapropiadas en los momentos actuales. A esa misma época pertenecen dos fugaces intentos de fijar la posición del escritor argentino frente al drama del mundo y frente a su propio destino, tras lo cual dedica un breve capítulo a explicar la definición de Eluard ("la poesía es el lenguaje que canta") a propósito de la actitud de algunos jóvenes poetas que niegan a la poesía toda facultad comunicante. No era imprescindible, creemos, incluir su "Responso sobre Lugones", escrito apresuradamente en 1938, ni ciertos circunstanciales comentarios de libros que han dejado escasas huellas —o ninguna— en nuestra literatura, razón por la cual ha de resultar gratuita toda empresa dirigida a atraer sobre ellos la atención de las nuevas generaciones. A pesar de estas y otras objeciones que se le podrían hacer, "La milicia literaria" aporta el testimonio lúcido de un crítico que ha seguido muy de cerca una determinada corriente de nuestra literatura: aquella que define el hacer del escritor o del artista no como una evasión de la realidad, sino como un medio de relacionarse con ella, de comprometerse.

"La poesía existencial de Dámaso Alonso"

Por Miguel Jaroslaw Flys

(Gredos, Madrid)

Con buenos medios expositivos, demostrados en "El lenguaje poético de Federico García Lorca", Miguel Jaroslaw Flys, profesor de literatura española de la Universidad de Boyling Green, Ohio, dedica su trabajo al autor de "Hombre y Dios". El poeta de "Hijos de la ira", libro fundamental en la poesía española de este siglo, es objeto de un análisis minucioso que sabe distribuir en la primera parte todos los elementos de la aproximación estilística, valiosos siempre pero con la reserva saludable de no considerarlos omnipotentes, y avanza hasta indagar los aspectos más íntimos de la poesía humana, vital, impulsada hacia el humanismo. El paso de la concertación de todos los excitantes sensoriales hasta una plenitud vital merece de Jaroslaw Flys una loable preocupación y, por ella, logra una síntesis eficiente. La plenitud serena de esa expresión y de su filosofía se concreta cuando sintetiza: "Se trata de una visión amplia y total de la existencia humana que trasciende los límites temporales y desemboca en la afirmación de la existencia del ser. Es el encauzamiento lógico hacia la única solución positiva posible, la fe en una supervivencia eterna del ser que en un continuo proceso de transformación y perfeccionamiento logra la fusión íntima de la conciencia de la criatura con la idea que ella tiene del Creador". La simpatía que orienta el estudio se conjuga con el juicio preciso y responsable del intérprete.

"El hombre del colectivo"

Por Ricardo Orozco

(Troquel)

Español de origen, Ricardo Orozco vive desde hace varios años en nuestro país, identificado cada vez más con nuestra literatura y el afán de sus creadores. Esta suerte de dualidad, podríamos decir, lejos de haber dado un producto híbrido, en el caso del autor de "El hombre del colectivo", conforma una personalidad universal, aún cuando la raíz hispana aparezca aferrada a su lenguaje, más por negligencia, creemos, que por tradición. Las alusiones a Buenos Aires, Madrid, Barcelona o Valencia son, por lo general, pasajeras fijaciones geográficas de dramas que tienen como escenario el mundo, pero cuyo epicentro está en la esencia del hombre —del hombre de nuestros días, se podría agregar con riesgo de cometer un disparate—, en aquello que lo lleva a ser lo que es, a no poder eludir su incierto destino. Por más que luche consigo mismo, con su conciencia —tal, por ejemplo, el protagonista de "Antes del pecado", uno de los cuentos incluidos en el volumen—, existe una oculta ley que impera por encima de su voluntad.

Los sentimientos humanos aparecen expresados, con frecuencia, por medio de símbolos que desorientan al lector habituado al estilo directo. Las concesiones que puede hacerle Orozco no van más allá de la llaneza del lenguaje y de una elaboración que al evitar las formas complicadas disminuye de algún modo la carga sugerente del relato.

Orozco extrae de los hechos más corrientes conclusiones que llevan a meditar sobre el bien y el mal y sobre el misterio que rodea nuestro ser. En la heterogeneidad de estas páginas también hallaremos la ternura mezclada con la crueldad ("En cualquier lugar del mundo"), la duda ("La esposa jovial"), la hipocresía y las frases convencionales de los velatorios ("Diálogos con largas ausencias"), la nota psicológica ("La llave") y hasta las casi conmovedoras evocaciones de la infancia ("Los días de Campomar"). Pero el sentido último de este libro, cuyo tema dominante es la muerte, sólo podrá ser revelado a quien afronte la lectura sin temor de perderse en sus laberintos, atravesar su zonas de tinieblas o sumergirse en esas profundidades que se abren como cráteres en relatos de engañosa superficialidad. ‡

J. C. A.

Psicología

"Psicología diferencial de los sexos"

Por Roger Piret

(Kapelusz)

Si bien este libro de Roger Piret sobre el tan meneado tema de las diferencias entre los sexos no aporta ningún dato que pueda considerarse novedoso, en cambio supone una valiosa contribución para los estudiosos del problema, ya que resume, con claridad y objetividad, la mayor parte de las opiniones hasta ahora sustentadas por psicólogos y sociólogos. Piret ha reunido una enorme bibliografía que ha manejado dinámicamente y con criterio objetivo para llegar a un conjunto de conclusiones expuestas con absoluta claridad. El libro contempla la totalidad de los aspectos de la psicología diferencial de los sexos y adopta una actitud carente de prejuicios para absorber los resultados de las observaciones e investigaciones de estudiosos de criterio tan dispar como Margaret Mead, Viola Klein o Henri Pieron. En ese sentido, cabe señalar el rigor con que han sido elegidos los trabajos sobre los que se sustenta esta suerte de resumen de lo actuado hasta ahora sobre el tema. Abundan en el texto los datos estadísticos, las comparaciones entre resultados de diversas investigaciones y las alusiones a los fundamentos científicos de cada afirmación. Por ello, el trabajo de Piret ha de resultar útil como aproximación a un tema de tanta actualidad.

"La psicología profunda y el hombre moderno"

Por Ira Progoff

(Psique)

Un estudio serio de los fenómenos relativos a la mente y al alma humanas abarca este libro. Están allí tratados sus inherentes problemas en profundidad, desde un original y holístico enfoque. Parte de la base de la concepción subyacente que reconoce que el hombre "no es un ser vacío, sino que es en su esencia un ser creativo", tal como lo enunciara Bleuler al iniciar, a principios de siglo, el concepto de "psicología profunda". Esta atiende así a los procesos muy íntimos de la personalidad, que gobiernan las experiencias últimas del hombre, escudriñando por debajo de las profesiones de fe, de lo que la gente realmente cree y siente. A pesar de este enunciado, proclive a la incursión en el campo específico de la fe, no pretende el autor tal cosa, sino encuadrar su enfoque dentro de un ángulo práctico y con espíritu científico, aunque no se descarta por ello "redespertar en el hombre moderno el sentido espiritual". Cabe en este estudio, para la correcta aplicación de sus enunciados, interpretar cabalmente el sentido que cabe a la expresión titular de "hombre moderno", en su significado de individuo que "ha sentido en las profundidades de su ser el impacto de los problemas básicos y característicos de la edad moderna". Mas donde se apoya con mayor fuerza el nudo de esta obra es en el capítulo correspondiente a la psiquis orgánica, a la cual se entiende en el modo de un motor vector de la psique humana, surgida de lo hondo del mismo protoplasma. Se trata, pues, de una aportación audaz al campo apasionante de la psicología que penetra en lo más profundo de la compleja personalidad humana.

"Introducción a la psicopatología"

Por S. H. Frazier y Arthur G. Carr

(El Ateneo)

Puede ser que la mayor deficiencia de la obra sea su título: no es en rigor una introducción sino una síntesis o una guía; vista así sus méritos son, en verdad, grandes. Una introducción refleja el aproximarse a la problemática de una materia; en la obra comentada no se intenta esa aventura: la tarea realizada es una apretada pero precisa síntesis de los grandes temas de la psicopatología.

Desde ya no puede desconocerse la importancia del libro —construído con rigurosa seriedad científica— pero, quizá, mucho más importante sea destacar su utilidad. Buenos índices, glosario, excelente bibliografía (sin ser copiosa), una inteligente sistematización de los problemas, todo confluye para que este libro sea de extraordinaria utilidad para todas aquellas personas obligadas a manejar problemas humanos: visitadores sociales, educadores, policías, jefes militares, enfermeras, periodistas, que tendrán en ella un adecuado medio de orientación para abarcar mejor los insondables secretos de la mente humana y sus proyecciones en la relación comunitaria, con lo que podrán evitar errores y orientarse en la búsqueda de las fuentes para obtener la información indispensable para el mejor cumplimiento de sus trabajos.

Obras recibidas

Educación creadora del niño por las artes plásticas, por Ibarra Griffoi, Panier. 207 págs. (Huemul).

Revista de Educación, Nº 21, 135 págs. (Ministerio de Educación, Pcia. de Buenos Aires).

Cinco ensayos españoles, por José María del Rey, 125 págs. (Ed. del autor, Montevideo).

Mi reino, por Angela Cassanello, 41 págs. (Ed. de la autora).

Más allá de la economía, por Mario Martínez Casas, 22 págs. (Banco de la Provincia de Córdoba).

Por tierra y camino —poemas—, por C. Beatriz de Antueno Etcheverry, 58 págs. (Colombo).

Emanuel Ringelblum, por Jonás Turkow, 32 págs. (Biblioteca Popular Judía del Congreso Judío Mundial).

Sigmund Freud, por León Pérez, 32 págs. (Biblioteca Popular Judía del Congreso Judío Mundial).

La pelotita. Cuentos de la alienación, por Alberto Grubanov, 90 págs. (Caldén).

Con mis propios ojos, por Hans Kades, 290 págs., novela (Colección La Quimera, Emecé).

Las tierras del Estado y los títulos del Consejo Agrario Nacional, por Francisco Ferrari Ceretti, 50 págs. (Ed. del autor).

Política de inversiones en la industria negra, por Giovanni Hinterhuber, 343 págs. (Fondo de Cultura Económica, México).

Garibaldi in América. Con il Diario della Legione Italiana di Montevideo, por G. Gradenigo, 138 págs. (U.N.U.O.I., Montevideo).

Sexualidad, autoridad papal, conciencia, por Bernard Delfgaauw, 144 páginas (Carlos Lohlé).

Desde el Aconcagua, por José Hipólito Lencinas —ensayos—, 168 págs. (Ed. del autor, Mendoza).

Back Abolitionists, por Benjamin Quarles, 310 págs. (Oxford University Press, New York).

La anticoncepción en la hora actual, por Alberto D. Molinaro, separata de Jurisprudencia Argentina, 38 págs.

La concausa. Su concepto en la doctrina y jurisprudencia nacional y extranjera, por Esteban Caxaraville. Separata de la Revista Jurídica de Buenos Aires Nº 1, págs. de 141 a 164.

Procedimiento penal mixto, I, por C. Vázquez Iruzubieta y R. A. Castro, 426 págs. (Plus Ultra).

Organismos militares interamericanos, por Rodolfo Garrié Faget, 102 págs. (Depalma).

Derecho Constitucional, por César Quintero, Tomo I, (Ed. del autor, San José de Costa Rica).

Estatuto jurídico del comerciante, por Francisco Fernández Fredes, 248 págs. (Depalma).

Revista de Derecho Penal y Criminología, Nº 4, 160 págs. (La Ley).

SI UD. ESTUDIA ITALIANO
Lea
OGGI
LA GRAN REVISTA EUROPEA
• ENTRETENIDA
• INFORMADA
• INSOLITA
• A TODO COLOR
sale los miércoles $ 160.-
Distribuye VISCONTEA Bdo. de IRIGOYEN 842
T. E. 26-4142 - Buenos Aires

CURSOS DIBUJO Y PINTURA
Magenta
VIAMONTE 1815 TE. 44-1467

MAKE FRIENDS — SPEAKING
ENGLISH
Clases indiv. o grupos
Principiantes y avanzados
toil & chat
Prof. Británicos y Americanos
• SAN MARTIN 448 Tel. 49-0873 - 45-0353
• Callao 406 - 49-2152
• Cabildo 1919 - 78-6127
• Santa Fe 2853 (G. Guido Spano)
• Rivadavia 6840 (G. Pángaro)

LEA

Hermanos enemigos
por N. Kazantzakis
La novela póstuma de Kazantzakis, donde el autor narra con profundo patetismo la vida de un pueblo quemado por la miseria y las pasiones.

Psicoanálisis y educación
por Georges Mauco
Los aportes del psicoanálisis a la educación expuestos por un renombrado psicopedagogo. Un libro imprescindible para padres, maestros y cuantos se interesan en la educación.

Divorcio y nuevo matrimonio
por Víctor J. Pospishil
Un valiente alegato sobre el poder de la Iglesia de disolver el matrimonio y permitir el divorcio.

El hombre en el antiguo testamento
por G. Pidoux
Indispensable para comprender el lenguaje y las expresiones bíblicas y el mensaje de la Revelación.

EDICIONES CARLOS LOHLÉ
Viamonte 795 • T. E. 392-6239
BUENOS AIRES

CUATRO COLECCIONES PARA SU BIBLIOTECA

EL MUNDO DE LA NATURALEZA

Una obra irreemplazable en su biblioteca 19 tomos que encierran toda la belleza y complejidad del universo, desde el suelo que pisamos hasta el hombre, los animales y las plantas.
Esta colección se divide en cuatro secciones.
1º) El mundo de los animales (8 volúmenes). Los Mamíferos Los Reptiles - Las Aves - Los Insectos - Los Peces - Los Anfibios - Los Invertebrados - Mundos Animales. 2º) El mundo de las plantas (4 volúmenes). Las Plantas superiores I Las plantas superiores II - Las plantas inferiores I - Las plantas inferiores II.
3º) El hombre (3 volúmenes) Pueblos primitivos de hoy - De la Prehistoria a nuestros días El cuerpo humano.
4º) La tierra y el universo (3 volúmenes). La Tierra - El mar La atmósfera y los astros - Los minerales.

LOS TESOROS DEL MUNDO

7 tomos que encierran las grandes civilizaciones creadoras.
Los tesoros de España (2 tomos) - Tomo 1ro. desde Altamira hasta los Reyes Católicos Tomo 2do. desde Carlos V hasta Goya - Los tesoros del Vaticano - Los tesoros de Venecia Los tesoros de América Antigua - Los tesoros de Turquía Los tesoros de los Faraones.

HISTORIA UNIVERSAL DE LOS EJERCITOS

4 tomos que encierran la historia de la humanidad en la lucha por el poder o la paz.
Tomo I De Ramses a Gengis Khan - Tomo II De Soliman a Vauban - Tomo III De Pedro I a Moltke - Tomo IV De Foch a Eisenhower.

point s. r. l.

VENTA POR COLECCION O POR TOMO
En venta en las buenas librerías o en

HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

7 tomos conteniendo todas las épocas del mundo, todos los países, todas las clases sociales. Oriente y Grecia Antigua Roma y su Imperio - La edad Media - Los siglos XVI y XVII El siglo XVIII - El siglo XIX La época contemporánea.

IBER-AMER ARGENTINA
PUBLICACIONES HISPANOAMERICANAS S. A. C. I.
AIA
BOLIVAR 260 - T. E. 30-4036
BUENOS AIRES

IBER-AMER ARGENTINA
PUBLICACIONES HISPANOAMERICANAS S. A. C. I.
BOLIVAR 260 - T. E. 30-4036 - BUENOS AIRES
Sírvanse remitirme folleto y condiciones para adquirir al contado o a plazos la colección.
Nombre ....
Domicilio ....
Localidad ....

TEMAS DE HOY - TEMAS DE AYER

Patagonia, tierra bendita

Por Carlos Pérez Companc

Para LA NACION
BUENOS AIRES, 1969

HACE bastantes años conocí la Patagonia. Pero mucho antes, ya hacia el final del siglo pasado, mi abuelo, el ingeniero francés Domingo Companc, había colaborado como tal durante la gobernación del general Edelmiro Mayer, en Río Gallegos, donde murió joven en 1897. Cincuenta años después, en 1948, trajimos sus restos a Buenos Aires a bordo del Santa María de Luján, uno de los cuatro cargueros patagónicos que la Compañía Naviera Pérez Companc adquiriera en los Estados Unidos después de la guerra y que tanto contribuyeron, por ser buque y puerto a la vez, al progreso del sur en los últimos años. Cuando conocí la Patagonia, llegué a ella por vía marítima y volví por la ruta 3, llamada de la costa. Recuerdo que para entonces escribí algunos artículos periodísticos donde destacaba el clima excelente, el cielo tan azul, las noches serenas, la apacible vida hogareña en las estancias y en los pueblos, las mansas y blancas ovejas que no se veían por hallarse diseminadas en los campos inmensos y que, en cambio, tanto agradaba acariciarlas en los corrales y los galpones de esquila.

Esa visión admirativa del lejano sur argentino, visitado en el tiempo del estío, fue terminante y definitiva: durante años, desde aquella primera estada patagónica, renové, viví y gocé temporadas de trabajo —ganadero, naviero, petrolero, industrial— en todos los rincones de la Patagonia. Siempre se destacó la imagen primera y se sigue destacando lo bueno, lo excelente, lo vital de ese clima físico y espiritual, capaz de crear el polo definitivo del desarrollo argentino, integrando las regiones más dispares como símbolo de grandeza nacional. Clima físico y clima moral que prevalece sobre toda la adversidad de los días de vientos tan cansadores que parecen interminables y que no lo son y resultan vencidos por el confort de la ciencia y de la técnica capaces de levantar humeantes y populosas ciudades sobre las ásperas soledades.

Respecto al famoso viento patagónico se debe expresar que de los 365 días del año 300 son buenos, apacibles y más que tolerables. El balance climático de la Patagonia es netamente favorable. El aire seco, el cielo despejado, las pocas lluvias, la pureza de sus aguas, casi a nivel de aguas destiladas, surgidas de fuentes incontaminadas o de manantiales y ríos colosales, como el río Santa Cruz, que filtran el deshielo de los Andes majestuosos, hacen de la Patagonia argentina una de las regiones más salubres del mundo. Y no sólo para el hombre que la habita. Todas las especies biológicas, animales y plantas, están allí libres de plagas. Los ovinos, riqueza proverbial del Sur, carecen de infecciones y parásitos que diezman, en cambio, las majadas en la pampa húmeda. Ni la sarna ni las lombrices afectan a las ovejas patagónicas, con la excepción escasísima y temporaria de algún establecimiento descuidado.

Más del 95 % de las haciendas sureñas hace ya muchas décadas que carecen de todo tipo de enfermedad, al contrario de la pampa húmeda, privilegiada por otras razones.

La alegría de vivir existe en la Patagonia. Las tierras solitarias hacen solidarias a las gentes. A poco que los gobiernos favorezcan con su obra legislativa la vida familiar en ella —atraída hasta hoy y fascinada por los grandes halagos de las urbes agitadas y turbulentas—, los hombres, las mujeres y los niños que se instalen en el lejano Sur gozarán el regalo de la alegría de vivir. El trabajo proficuo, rendidor, estimulado por razonables privilegios que compensen la lejanía y el aislamiento inicial, por lo demás ya muy relativo, logrará el florecimiento de la civilización patagónica y crecerán las familias gozando de estas indiscutibles ventajas, clima seco, aire libre, la naturaleza cercana al hombre, el sol brillante, cielo de un azul indescriptible, trescientos días al año de natural benigno, verano grato, invierno con pequeñas nevadas, incomparablemente más suave que el invierno de Nueva York, París, Londres.

Dos factores incómodos o adversos subsisten: 60 días anuales de fuertes vientos y la falta de promulgación de leyes que fomenten la residencia y el trabajo en el Sur. Ambos factores pueden ser reducidos por esa legislación que fomente la solidaridad y el trabajo en el Sur. Esto acaba de ser solemne y oficialmente prometido por el general Onganía en su discurso de Río Gallegos.

Una anécdota relativamente reciente tiene carácter aleccionador: en vísperas de un viaje al Sur, un ex presidente fue visitado por un grupo de industriales del Gran Buenos Aires que protestaba contra leyes que ofrecían protección a las industrias a instalarse al sur del paralelo 42º.

El diálogo, incisivo, se desarrolló en términos parecidos a los siguientes:

Presidente: "¿Usted considera que la legislación discutida ofrece demasiadas ventajas a la gente del Sur?

Industrial: "En efecto, comporta un privilegio exagerado.

Presidente: "Como esas ventajas no han logrado instarlos a ustedes a trabajar en la Patagonia, dicha legislación no sólo debe ser mantenida sino incrementada, porque, por lo visto, no es suficiente".

La legislación y el empeño heroico del gobierno realizó en los Estados Unidos esa proeza histórica que fue la conquista del Oeste. A los argentinos un semejante desafío se nos impone, necesitamos que la legislación facilite lo irrenunciable: la repoblación de la Patagonia.

Los argentinos no tenemos que poblar la parte menos buena de la patria sino una de las tres zonas excelentes que componen la República Argentina. Es cierto que la pampa húmeda posee algunas ventajas; es cierto que el Norte tiene las suyas, pero también es cierto que la Patagonia posee otras ventajas e insustituibles. Lo probamos ya y con un hecho concreto: el clima riguroso, con cierre de bancos y comercios, producido por nevadas ordinarias que paralizan anualmente la vida de los centros más importantes y poblados de los Estados Unidos y de Europa no se conocen a todo lo largo de la Patagonia, donde las nevadas, en lo que va del siglo, no han tenido casi significación.

Es más, la numerosa hacienda vacuna y ovina de los Estados Unidos y de Europa requiere, inexorablemente, durante los inviernos ser resguardadas y alimentadas en galpones y, en cambio, la totalidad de la hacienda patagónica argentina vive al aire libre todo el año, resistiendo, así, al invierno sureño; señal incontrovertible de que es un mito qua ya no engaña a nadie lo de la tierra maldita que dijera Darwin.

San Juan Bosco tuvo visiones claras y terminantes sobre la Patagonia y su porvenir, visiones que fueron tales y no meros sueños, como humildemente él los denominara. A raíz de esas visiones, Don Bosco, en un Congreso Geográfico realizado en París, rectificó algunos mapas e informes que la presentaban como zona inhabitable y anunció el futuro gran desenvolvimiento demográfico e industrial patagónico, sin otro elemento de juicio que sus propias visiones. Se refirió, específicamente, a los feraces cañadones (valles) sureños, a los hidrocarburos, a la aviación y a otras vías de comunicación, a sus valiosos ríos, así como a sus futuras grandes ciudades. Fue por eso que envió a sus misioneros, quienes, junto con las fuerzas armadas argentinas fueron los verdaderos conquistadores de ese "desierto" fabuloso por su clima, por sus tierras, por sus riquezas, por su seguro porvenir.

Las comunicaciones por radio, televisión, telégrafo y télex, así como las camineras, aéreas y marítimas, son de una importancia esencial para una región tan alejada como la Patagonia. Este aspecto ya está, gracias a la técnica moderna y al tesón del Gobierno, en plena incrementación.

Por vía legislativa es posible lograr el aumento de la población patagónica, por cuanto la naturaleza posee allí, como lo hemos tratado de demostrar, las condiciones necesarias para que el éxito total corone un propósito tan alto y patriótico. Ninguna región del mundo en plan de acelerado desenvolvimiento tuvo una base más firme. La decisión argentina está tomada y los nuevos pobladores quedarán deslumbrados con todo lo que de satisfacción y de éxito la Patagonia puede brindarles. El pasto de sus praderas nunca desaparece, como sucede, en cambio, durante las larguísimas nevazones o cuando el hielo lo tapa durante todo el invierno, en Canadá y en el norte de los Estados Unidos, zonas con extraordinaria vida social y económica. Por eso es que, como lo señalamos antes, las haciendas patagónicas viven todo el año al aire libre: porque sus inviernos son mucho menos rigurosos y dejan a la vista pasto y agua que permiten la alimentación imprescindible del ganado existente.

Cabe, pues, esperar solamente que las nuevas leyes anunciadas sean amplias y generosas porque la lejanía atemoriza, porque una propaganda poco varonil desprestigió a la Patagonia y porque la repoblación de la Patagonia —poseedora de reservas inagotables— retribuirá con creces el esfuerzo que nos disponemos a concretar el pueblo y el gobierno de la República. ±

Muestras de arte

Collage de Juan Carlos Benítez, en la Galería Gradiba

Elbio Fernández es el autor de "Riña". Expondrá en Witcomb

En La Tangara ha realizado una muestra de obras Delia A. Bucich. Entre ellas figuró "Puerto en gris"

"Campo argentino", una de las pinturas que Bibi Zogbé expone en Witcomb

LAMPARA ESPAÑOLA EN BRONCE Y COBRE SIGLO XVIII CON GUARDAVISTAS ESTILO DE EPOCA

Monte Carlo Arte
Gerente Jesús Vázquez
Libertad 1389 - 41-0819

Anticuarios, galerias de arte y decoradores

Cama Hispano Americana en negro dosel con balaustrina torneada y oro.

SALAZAR Decoraciones
M. T. de Alvear 790 - T. E. 31-0283
Bs. As.

GALERIA RUBBERS
FLORIDA 935
2º PISO
31-6813

SOLDI EN TIERRA SANTA
HASTA EL 31 DE MAYO
ARTE - DEPORTE
PINTORES ARGENTINOS SOBRE TEMA FOOT-BALL
2 AL 14 JUNIO
BATLLE PLANAS
16 AL 30 DE JUNIO

VONS Décorateur

Sofá Chesterfield de tres cuerpos, tapizado en cuero

LAS HERAS 2170
T. E. 84-0512

imagen
galería de arte
paraguay 867 - buenos aires

GUERMANTES
Florida 973 - T. E. 31-0308

Bread-basquet de plata inglesa. Punzón de Sheffield. Epoca George III. Escudo de armas en el centro.

GUERMANTES
Florida 973 - T.E. 31-0308
LOCAL 4 Platería colonial y europea
LOCAL 36 Muebles de Malaca, importados. Artesanía Italiana
LOCAL 55 Muebles, Arañas. Apliques

GUERMANTES
Florida 973 - T.E. 31-0308

OBRAS de ARTE en VENTA

PABLO PICASSO
"La Famillie"
(M. 13.949) Prueba 47
Ed. 50 ejemp.
Firmado y numerado
Por el artista
En Casa VELTRI
Juncal 1642

VALENTIN THIBON de LIBIAN
"La Cantina"
óleo s|tela 0,60 x 0,50
Año 1925
se expone en Galería MANTUA
Florida 378, loc. 7

RAQUEL FORNER
"Cabeza" - óleo
1950
En Van Riel
Florida 659

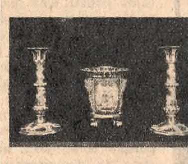
Escribanía de plata Portuguesa. Punzón de la ciudad de Porto, año 1843
En casa GUERMANTES
Florida 973

C. BERNALDO DE QUIROS
"Rincón de Venecia"
óleo. 0,66 x 0,92 ctm.
se exhibe en Galería FELDMAN. Junín 1142

JUAN DEL PRETE
"Dos figuras con rosa"
óleo. En Van Riel.
Florida 659

Pub. CAPITEL - 46-6351
10 a 13 hs.

Feldman
Galería de Arte
ANTIGÜEDADES



Garniture de porcelana
Vieux - París
Siglo XVIII

Porcelanas - Muebles
Marfiles Piedras Duras

Obras selectas de grandes Pintores Argentinos

NUEVA DIRECCION
Junín 1142 - 83-7257

CORES ANTIGÜEDADES

"Yeguarizos". Artístico grupo en fina porcelana alemana de Hutschen-Reuther

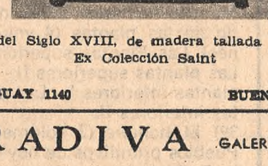
M. T. de Alvear 1426 - Bs. As. - 44-4808

MANTUA GALERIA DE ARTE

VICENTE FORTE "La barca roja". Oleo s/tela. 1,20 x 0,60. Año 1968

FLORIDA 378 - Loc. 7 - 45-5280

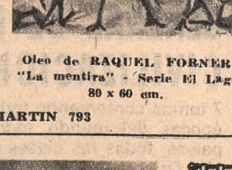
MARIA LOPEZ
ANTIGÜEDADES



Altar del Siglo XVIII, de madera tallada y dorada. Ex Colección Saint

PARAGUAY 1140 BUENOS AIRES

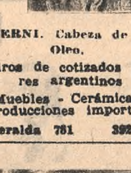
GRADIVA GALERIA DE ARTE



Oleo de RAQUEL FORNER
"La mentira" - Serie El Lago
80 x 60 cm.

SAN MARTIN 793 31-4262

GALERIA Jorcas



A. BERNI. Cabeza de niña. Oleo.

Cuadros de cotizados pintores argentinos
Muebles - Cerámicas
Reproducciones importadas
Esmeralda 781 392-4926

Souvenirs D'Antan
ANTIGÜEDADES

GRUPO EN FAIENCE
Bronces - Petit bronces
Faroles antiguos - Quinqués
Porcelanas y Biscuits
Galería 5ta. Avenida - Santa Fe 1270, Locales 6, 8 y 86

hasta el 31 de mayo:
"NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE"
BERNI
CAMPODONICO
DEIRA
MAMPAY
PELUFFO

2 de junio inaugura:
"TERRITORIOS"
óleos de JUANA BUTLER

CONTEMPORANEA
GALERIA DE ARTE
FLORIDA 910

GALERIA ARGENTINA

JUAN ORIHUEL
Hasta el 31 de mayo

FELIPE de la FUENTE
del 2 al 16 de junio

PARAGUAY 1312 BS. AS. T. E. 41-3870

GALERIA VAN RIEL
Florida 659, Bs. As.
exposiciones: 26 de mayo al 7 de junio
ALIX QUINTANA
TOBY
BARRADAS-FIGARI-TORRES GARCIA
(COLECCION M. KOHEN)
LUCIA SARALEGUI

SAN TELMO
ANTIGÜEDADES

Escritorio inglés. 18 cajones
Doble frente
DEFENSA 528 — 34-7867

ANTIGÜEDADES
ALSINA
DECORACIONES
Arenales 1273 - Bs. As.

Antiguo aplique de kerosene, tulipas originales de cristal grabado. Año 1880